

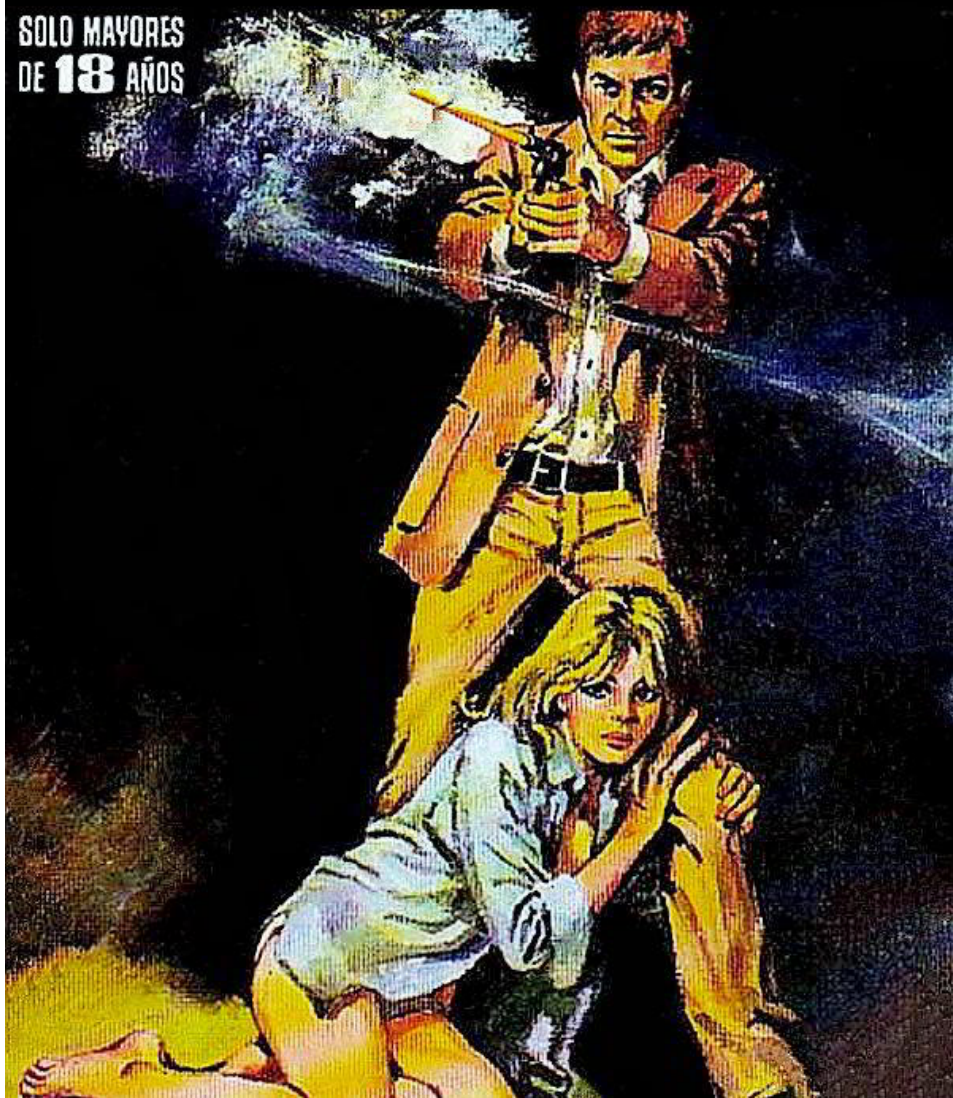
SERVICIO
SECRETO

SS

ASESINOS SIN FRONTERAS

Ralph Barby

SOLO MAYORES
DE 18 AÑOS



A Dennis Hoffman nunca le había gustado pisar a fondo el acelerador; le tenía miedo a la excesiva velocidad, esencialmente porque era miope.

Sus cristales gruesos, cercanos al límite autorizado para conducir, le ayudaban a ver la cinta asfáltica y los vehículos que venían en dirección contraria.

—Malditos —masculló.

Vigilaba el espejo retrovisor continuamente. Un automóvil más nuevo y poderoso le seguía y Dennis Hoffman quería sacárselo de encima; haría lo imposible por perderlo de vista.



Ralph Barby

Asesinos sin fronteras

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1580

ePub r1.0

Lds 30.01.18

Título original: *Asesinos sin fronteras*

Ralph Barby, 1980

Cubierta: Rafael Cortiella

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2





**SERVICIO
SECRETO**



CAPÍTULO PRIMERO

A Dennis Hoffman nunca le había gustado pisar a fondo el acelerador; le tenía miedo a la excesiva velocidad, esencialmente porque era miope.

Sus cristales gruesos, cercanos al límite autorizado para conducir, le ayudaban a ver la cinta asfáltica y los vehículos que venían en dirección contraria.

—Malditos —masculló.

Vigilaba el espejo retrovisor continuamente. Un automóvil más nuevo y poderoso le seguía y Dennis Hoffman quería sacárselo de encima; haría lo imposible por perderlo de vista.

Estaba seguro de que en aquel coche que rodaba tras él a gran velocidad, viajaba la muerte con la guadaña presta a segar su vida.

—Si pudiera darles el esquinazo y retroceder... Tengo que encontrar una cabina telefónica —murmuraba entre dientes.

Abandonó la carretera general para introducirse en una secundaria. Había empezado a sudar y no llevaba la calefacción puesta sino todo lo contrario, la refrigeración. Hacía calor; en el exterior, lucía un sol espléndido.

—Malditos... ¿Qué queréis de mí?

El automóvil perseguidor aumentó de velocidad. El pie de quien lo conducía aplastaba el acelerador, la gasolina debía entrar a chorros en el poderoso motor del vehículo, que no tardó en darle alcance.

Dennis Hoffman sabía que iba más allá del límite de sus posibilidades. Veía pasar los postes y los mojones cerca de él y tuvo que efectuar una maniobra suicida para sortear a un camión que venía en dirección contraria, comiéndose más asfalto del que le correspondía.

—Sólo faltabas tú...

El vehículo perseguidor llegó a su altura y Dennis Hoffman se aferró al volante temiendo que de un instante a otro le empujaran, haciéndole salir de la carretera y, a la velocidad que rodaba, aquello podía ser fatal; volcaría seguro.

Los cristales del otro coche eran polarizados, por lo que apenas veía nada de su interior. Mientras, sus gafas se empañaban y el sudor le caía ya por las mejillas. Dennis Hoffman no recordaba haber sudado tanto en toda su vida.

El cristal de la ventanilla del automóvil que le estaba adelantando fue bajado.

Dennis Hoffman, sin querer perder la visión de la carretera por la que iba lanzado a una velocidad suicida, pudo ver que sacaban algo que le pareció un frasco de *spray*. De pronto, una nube oscura...

En unos instantes, el cristal parabrisas quedó opaco. Dennis Hoffman no tenía tiempo de romperlo, tampoco hubiera podido con sus puños de burócrata.

Viró hacia su derecha bruscamente al tiempo que quitaba el pie del acelerador y pisaba el freno.

El auto chirrió como si estuviera lleno de animales torturados. El vehículo se elevó como un caballo encabritado, dio unos tumbos y rodó de forma escalofriante por un área de monte bajo, desolada y llena de matojos espinosos y rocas pequeñas.

El coche hundió en una falla del terreno sus dos ruedas izquierdas y volcó, dando una vuelta de campana. Pero volvió a quedar en pie sobre sus cuatro ruedas bien aposentadas, despidiendo humo y polvo mientras todos los metales y plásticos crujían.

Dennis Hoffman parpadeó; estaba al volante y se sentía aún en el mundo de los vivos. No había muerto, lo que le parecía increíble.

El coche estaba abollado y el techo, medio hundido; pero había resistido lo suficiente para no aplastarle la cabeza a él, que iba bien sujeto con el cinturón de seguridad de triple anclaje.

El cristal parabrisas se hallaba completamente pintado, no podía ver por él, pero cuando miró por la ventanilla de la portezuela, vio que el coche que le había estado persiguiendo también se había detenido. Sus portezuelas se abrieron para dejar salir a varios

hombres.

Se quitó el cinturón de seguridad y se hizo con una pequeña pistola cromada del calibre 22. No era una gran pistola, pero a distancias inferiores a diez pasos, podía resultar decisiva.

Saltó del coche por el lado contrario; jadeaba.

Entonces, notó que le dolían las costillas y que una de las rodillas le fallaba. Posiblemente había recibido duros golpes en el vuelco.

Parapetado tras el coche, hizo fuego a través de las dos ventanillas.

Las detonaciones tuvieron la virtud de hacer lanzarse al suelo a sus cuatro perseguidores. Uno de ellos se quejó, aullando como un perro herido.

Otro sacó una pistola de grueso calibre e hizo fuego contra el automóvil de Dennis Hoffman.

El ruido de las balas, perforando el hierro de la chapa, chirriando contra otros metales del vehículo, hizo pensar a Dennis Hoffman que había que huir.

Hizo otros dos disparos para obligarles a retroceder y luego echó a correr dejando entre él y sus perseguidores el automóvil abollado y agujereado por los plomos.

Volvieron a disparar contra Dennis Hoffman, que oyó las balas silbar en torno a su cuerpo, lo que le obligó a lanzarse al suelo y a disparar nuevamente.

Los vio cerca; uno de ellos se cogía la pierna, pero corría también tras él.

Quiso volver a disparar con su pequeña pistola cromada y ya no salieron más balas por el pequeño y ahora caliente cañón.

Dennis Hoffman no había sido nunca un deportista y correr por el monte era algo tan dificultoso para él como para un niño hacer funcionar un cerebro electrónico. Cayó, se levantó y volvió a caer.

Jadeaba, tenía las manos heridas y los pantalones rotos. El sol se ocultó a su mirada y se vio rodeado por sus perseguidores. Aún tenía la inútil pistola entre sus manos.

—¿Qué, qué quieren de mí? —tartajeó—. No tengo nada, nada.

De forma traidora, recibió una patada en su rostro que le hizo saltar las gafas y, con la miopía que tenía, quedó sumido en un mundo fantasmal.

—¡Ah, ah...! —Se frotó el rostro dolorido, teniendo la sensación de que le habían llenado el cráneo de carbones al rojo.

—Eres un cerdo, Hoffman —le escupió uno de los hombres que le rodeaban.

—No sé quiénes sois —replicó temblando.

—Lo supones bien —respondió el que hablara primero.

—Dejádmelo a mí —exigió el que estaba herido.

—Mereces una lección, Hoffman. Además, tienes una mujer todavía joven, con un cuerpo que tú no mereces...

—¿Qué queréis?

—Si te damos la muerte del cerdo ahora, tendrás la boca cerrada. De todos modos, no tenemos por qué matarte si te comprometes a no soltar la lengua.

—No sé de qué me habláis.

Recibió tal patada en los riñones, que quedó doblado y con la boca abierta, con un dolor tan intenso que la respiración le quedó cortada.

—Te decía, Hoffman, que tienes mujer y dos hijas. Si abres la boca, no encontrarás lugar en la tierra para esconderlas. Tú no querrás un pijama de cemento para ellas, ¿verdad? Las dejaríamos en el desierto como estatuas para que se fueran consumiendo poco a poco. Las hormigas entrarían por sus bocas, sus orejas, y sus ojos... Una muerte horrible, te lo aseguro.

—No, no diré nada.

—Exactamente. Tu mujer y tus hijas van a salir de vacaciones.

—¡Noo!

—Sí, ya están en camino, 'no puedes impedirlo.

—Si las tocáis... —balbuceó.

—Eso depende de ti. No te apures, las verás, cada fin de semana podrás verlas, sabrás dónde están, pero si tratas de sacarlas de donde estén, puedes considerarlas muertas a las tres.

—No, no diré nada —gimió.

—Es lo que más te conviene. Si hablas, serás el responsable de lo que les ocurra. Eres un tipo inteligente y sabrás lo que te conviene.

—¿Dónde están ellas?

—Lo sabrás y no temas, nada les va a pasar mientras mantengas la boca cerrada. Ah, ellas piensan que van a verte, que van a estar a tu lado y en cierto modo será así. Estarán muy cómodas, muy

felices, y esa felicidad, su vida y su agonía, dependen de ti. Ahora, Hoffman, para que no olvides lo que te estamos diciendo y no vuelvas nunca a amenazar, te daremos una pequeña lección que no te conviene olvidar.

—¡No, no me hagáis nada!

Sus súplicas fueron inútiles.

Le arrancaron la chaqueta, le rasgaron la camisa y uno de ellos se sacó un cinturón trenzado en piel de serpiente que hizo restallar en el aire.

—¡Aaag!

Una rojez larga quedó bien clara en la espalda de piel lechosa de Dennis Hoffman, que tuvo que sufrir la tortura y la humillación de los golpes de aquella maldita correa trenzada, hasta que se vio incapaz de resistir más.

—Es suficiente. Ahora hay que llevarlo a que le curen las heridas, no conviene que la policía se entere de esto —dijo el hombre de la voz grave.

—A mí también, a mí también —se quejó el que había recibido en su pierna la mordedura de una bala del veintidós.

CAPÍTULO II

—¿Francés?

El hombre, alto y joven aún, rondaría la treintena, sacó un cigarrillo de un paquete y le prendió fuego al tiempo que preguntaba:

—¿No lo dice el pasaporte?

El aduanero del país latinoamericano le extendió un impreso con los enunciados redactados en francés.

—¿Puede rellenarlo, señor?

—¿Va a entretenerme?

—Señor, podía haberlo rellenado ya en el avión —le observó el aduanero.

—Vengo en viaje turístico, eso es lo que he de poner. ¿No es cierto?

—Sí, sí, señor.

No había mucha gente. No llegaban excesivos pasajeros en aquel vuelo procedente de Los Angeles de California en Estados Unidos.

—¿Bien así?

—Sí, señor, y disculpe, son las normativas legales en Santa Andina^[1].

—Un bello país el suyo. Muchos árboles, ríos y grandes extensiones de cafetales.

—Así es, señor, un país fértil. Que usted disfrute de estos días entre nosotros.

Tomó su maleta. No era grande; un equipaje liviano que pasó el control del aeropuerto sin ninguna dificultad. No portaba armas encima; de llevarlas, ya se las habrían detectado de inmediato en el aeropuerto de Los Angeles.

Salió del aeropuerto tomando un taxi, un coche grande de

fabricación americana que debía consumir la gasolina a chorros.

—Si paga en dólares, señor, tiene un diez por ciento de descuento —le advirtió el taxista.

—¿Ah, sí?

—¿Ha cambiado sus dólares en la aduana, señor?

—Pues, algunos.

—Yo se los puedo cambiar por un buen precio.

—¿Y si te pido algo distinto a monedas?

El chófer, muy interesado, preguntó:

—¿Cómo qué, señor?

—Me han contado que aquí hay muchos robos, mucha criminalidad.

—Mucha desigualdad, señor. Hay poco trabajo y menos dinero y, cuando escasea el dinero y las barrigas lloran toda la noche, salen los cuchillos a la calle.

—No quisiera que me asaltaran. ¿Podría proporcionarme una pistola?

—Una pistola en Santa Andina es algo muy peligroso, señor.

—Bueno, si no puede conseguírmela, olvídelo. Sólo era para protegerme.

—Usted no es americano, ¿verdad?

—No.

—Su acento parece francés, ¿verdad, señor?

—Sí.

—Bueno, ¿y cuánto pagaría?

—Depende de la pistola; no voy a hacer ninguna guerra.

—Claro, claro —aceptó el taxista que hacía rodar su vehículo por el asfalto ensombrecido por la noche mientras los potentes faros iluminaban hacia el horizonte, con una escasísima circulación en dirección contraria.

—A la policía de Santa Andina no le gusta que los ciudadanos lleven pistola.

—Lo supongo, pero tengo entendido que, para protegerse, ya hay muchos que la tienen.

—Doscientos.

—¿Dólares?

—Ajá.

—Trescientos con munición y si la pistola es de calidad.

—Se la traeré buena, confíe en mí.

—Y en su discreción —puntualizó Jean Onyx.

—A mí me interesa tanto como a usted la discreción.

—¿Cómo se llama, amigo?

—Salvador.

—Salvador, es posible que requiera sus servicios.

—Acierta usted, míster.

—*Monsieur* —le corrigió Jean.

—Eso, *monsieur*. Yo le llevaré a todos los lugares turísticos que hay en la capital federal y en toda Santa Andina si es que le interesa.

—Es posible que me interese, pero los itinerarios los marcaré yo.

—Como guste, *monsieur*. Mire, ahí delante ya tenemos el hotel Five Star. Por cierto, ¿podría darme algo a cuenta para comprar la pistola? Es mucho dinero.

Jean Onyx sacó unos billetes que le entregó.

—Doscientos, pero si no vuelves a aparecer, yo sé quién te va a encontrar.

—¿Quién? —preguntó Salvador, un tanto irónico.

—El comandante Prieto.

De golpe, el rostro del taxista se ensombreció.

—¿Le conoce, *monsieur*?

—Si me la juegas, te diré si le conozco.

El taxista carraspeó.

Jean Onyx se instaló en el lujoso Five Star, un hotel para turistas, el más caro de la capital federal.

Se duchó, se cambió de ropa y bajó a la sala de fiestas del hotel.

Estaba concurrida al cincuenta por ciento y en la pista cantaba un tipo empalagoso y medio feminoide, según decían, estaba de moda y había recibido varios discos de oro; Jean Onyx no le prestó la más mínima atención.

—¿Me das fuego?

Quien se le había acercado era una mujer hermosa, vestida con un elegante traje de noche que dejaba al descubierto los hombros y gran parte del busto.

—Sí, cómo no.

Le ofreció la llama de un fósforo. Ella, tras chupar el cigarrillo, alzó los ojos directamente hacia las pupilas verdosas de aquel

hombre que tenía un color de cabello castaño oscuro.

Insinuante, con gran calor en cada una de las sílabas que pronunciaba, le dijo:

—Si estás solo, puedo solucionar tu problema... —Hizo una pausa, como dándole opción a que él dijera algo, pero Jean Onyx continuó callado—. Si quieres beber en compañía, sólo tienes que invitarme.

—Estoy buscando a un amigo.

—¿Tan interesante es que puedes despreciar una buena oferta?

—Le llaman el Venusino, no creo que sea porque provenga de Venus, si no por su afición a las bellezas como tú.

—¿El Venusino? —Ella volvió a chupar el pitillo, como dándose tiempo para pensar—. ¿Te está esperando?

—No, le voy a dar una sorpresa cuando me vea; acabo de llegar.

—¿Quieres que pregunte si anda por ahí?

—Si lo encuentras, estás invitada a una botella de champaña.

—Entonces, lo busco en seguida.

Jean Onyx se sentó en uno de los altos taburetes de la barra y observó cómo aquella mujer, posiblemente mezcla de varias razas, se alejaba.

La vio acercarse a un individuo de *smoking* que podía ser el *maitre* de la sala de fiestas y habló con él. Luego, volvió a marcharse.

—El Venusino no está ahora en el hotel —le dijo la chica de alterne cuando regresó junto a Jean Onyx.

—Me imagino que has hecho lo posible por no perder tu botella de champaña.

—Sí, claro, pero si él no está...

—Camarero —interpeló Jean.

—¿Señor?

—Una botella de champaña para la señorita.

—En seguida, señor.

—Eres muy generoso —le dijo ella, aproximándose.

—Yo tomaré una copa. Como el Venusino no está aquí, no tengo prisa.

—Si quieres que te acompañe toda la noche —propuso ella acercando su rostro sensual al del hombre.

Jean no le respondió; aguardó a que el camarero descorchara la

botella.

Permaneció un rato junto a aquella mujer; luego, le dijo:

—Llevo mucho de viaje, voy a retirarme.

—Deja que te acompañe. Dormirás mejor, te lo prometo.

—Está bien, vente conmigo.

Ella se colgó de su brazo y se retiraron. Tomaron el ascensor y subieron a la planta octava que era donde tenía su habitación Jean Onyx.

Al entrar y encender la luz, descubrieron a cuatro hombres.

Jean Onyx observó sus rostros y le pareció que por lo menos dos de ellos no eran de Santa Andina, parecían anglos, posiblemente norteamericanos.

Jean miró a la chica y ésta, con expresión asustada, se excusó.

—No sabía...

—No, pero debes conocerlos. De lo contrario, hubieras podido suponer que eran amigos míos.

—Lárgate —ordenó a la chica un tipo alto y fornido, con el cabello rubio cortado al cepillo y un marcado acento norteamericano.

—Ya lo has oído, guapa, lárgate. Ésta va a ser una conversación machista, ¿no es eso, amigos?

La chica, que debía olfatear un encuentro desagradable en el que no deseaba verse involucrada, abandonó la habitación y los cuatro intrusos parecieron muy seguros de que ella no diría nada a nadie.

Jean Onyx los observó y se fijó en la correa trenzada que llevaba uno de ellos; era una correa vistosa.

—Bien, Jean Onyx, ahora vamos a hablar. ¿De acuerdo?

—¿Ya sabéis mi nombre?

—No se nos pasa nada por alto —rezongó otro que tenía un cabello negro muy abundante.

—¿Por qué no empezamos hablando claro? Así no se alargará esta visita a domicilio —dijo el que se sujetaba los pantalones con la correa trenzada con piel de serpiente.

—Creo que no sirve de nada ponernos violentos —opinó Jean con su acento francés. Se llevó la mano al bolsillo de su chaqueta veraniega e, inmediatamente, dos hombres saltaron sobre él.

Pero, con una facilidad que sorprendió a ambos, supo esquivarlos.

—No llevo armas —dijo después.

El americano rubio, con el cabello cortado al cepillo, hizo brillar sus ojos.

—Eres muy rápido, ¿eh? —Mirando a los dos que se habían quedado sin poder sujetar a su presa, les ordenó—: Quietos, dice que va desarmado.

—¿Y si no va desarmado? —inquirió uno de ellos, receloso.

—Peor para él, porque si le descubrimos un arma, lo dejamos aquí como a un cerdo después de pasar por las manos del matarife.

—No tengo deseos de que me rajen aún. Y ahora, ¿a qué se debe esta comitiva tan agresiva?

—Tú andabas buscando a alguien, ¿verdad?

—Sí. ¿Os importa?

—¿A quién?

—Bueno, si os ponéis violentos —dijo irónico, viendo la agresividad de los cuatro hombres que era evidente en su actitud, en sus caras—. Pues, al Venusino.

—¿Y para qué le buscas?

—Negocios.

—¿Qué clase de negocios?

—Eso se lo diré al Venusino.

—No te hagas el listo. Será mejor que nos lo digas a nosotros y ahora mismo. Tenemos poca paciencia, ya te habrás dado cuenta.

—Sí, es evidente; pero repito que trataré directamente con el Venusino, os guste o no, y si se os ocurre tocarme un cabello de la cabeza, será el propio Venusino quien os peine con un látigo, ya que podría perder el negocio.

—Walter, no le hagas caso; nosotros le haremos hablar; seguro que el Venusino no le conoce —gruñó el tipo de la correa trenzada.

—Cállate, Kopol.

—Me callo —aceptó aquel sujeto—, pero este tipo no es de fiar, me lo dice el olfato.

—Eso indica que tu madre fue una perra.

La objeción de Jean Onyx tuvo la virtud de poner rojo a Kopol, que cerró los puños, mirando al rostro de Jean Onyx que estaba fumando con una tranquilidad que irritaba a aquellos matones.

—Quietos, Kopol, no te pongas nervioso.

—Decidle al Venusino, si es él quien paga vuestros vicios, que

un tipo llamado Onyx quiere hablarle y que le conviene escucharme.

—¿Y si no acepta?

Se encogió de hombros.

—Allá él, me iré a otra parte, Ecuador. Colombia, Bolivia, Guatemala... Hay muchos otros países donde podría introducirme.

—¿En qué asunto?

—En el que está metido el Venusino.

—Tú eres francés, pero tu avión ha llegado de Los Angeles. ¿Pertenece a la mafia de California?

—Soy sordo y mudo; hablaré con él.

—Está bien, vámonos, pero tú no te alejes demasiado. Aquí en Santa Andina mandamos nosotros.

—¿Insinúas que la policía y el ejército os obedecen?

—No tanto, pero tenemos contactos con tipos de uniforme que mueven sus peones según nos conviene.

—Comprendo, el soborno no es nada raro aquí.

—No exactamente el soborno, aunque los haya que cobran para hacer lo que se les manda. Digamos que hay acciones en juego y sus propietarios no desean ver bajar sus ingresos.

—Lo comprendo, por ello al Venusino le conviene hablar conmigo. Ah, olvidaba decir que soy ingeniero agrónomo.

—¿Ingeniero qué? —preguntó Kopol, extrañado.

—Ingeniero agrónomo —repitió Jean Onyx—. Es algo duro para algunos oídos, pero el Venusino lo entenderá.

—Bien, ingeniero, volveremos a vernos —prometió el que se llamaba Walter y que parecía el jefe del cuarteto.

Jean quedó solo en la habitación.

Se dijo que por aquella noche, le dejarían tranquilo y se dispuso a descansar, pero cuando ya se hallaba en la cama, con las luces apagadas, sonó el teléfono.

Jean Onyx sacudió la cabeza; el timbre seguía sonando. Alargó la mano y tomó el auricular.

—¿Diga?

CAPÍTULO III

Salvador tenía cara de sueño, pero aguardaba atento junto a las portezuelas de su taxi.

—Buenas noches, *monsieur*.

—Hola, Salvador. Vamos.

Jean Onyx se introdujo en el automóvil y Salvador se puso al volante, quejándose.

—Me ha llamado usted muy tarde, *monsieur*. Cuando ha sonado el timbre, creí que venían a por mí.

—¿A por ti?

—Sí, esos de las policías paralelas. Ya sabe, se te llevan y adiós para siempre.

—¿Tú te metes en política?

—Mi política es trabajar y no hacerle ninguna marranada a nadie.

—Verás, Salvador, como he decidido que vas a ser mi chófer en Santa Andina, si a ti te parece...

—Claro que me parece, *monsieur*.

—Bien, pues me han llamado y tengo que acudir a una cita. ¿Y quién mejor que tú para llevarme?

—Sí, claro; pero no se meterá en líos feos, ¿verdad?

—¿Qué son para ti líos feos, Salvador?

—No sé —se encogió de hombros—. No me agradaría que me hicieran ojales en el cuero con cuchillo o pistola por servirle, *monsieur*, tengo familia.

—Te pagaré un extra por peligrosidad.

—Eso ya está mejor, *monsieur*. Por cierto, le he traído bombones. Le alargó una caja por encima de su propio hombro.

—No me apetecen ahora los bombones.

—Tómese éstos; verá cómo le gustan —insistió Salvador con su voz algo cascada por los cigarros y las bebidas fuertes.

Jean Onyx tomó la caja y notó que pesaba. La abrió y en su interior descubrió un arma y dos cajitas con municiones.

—¡Una «Magnum» automática! —exclamó por lo bajo.

—¿Le parece bien, *monsieur*?

—Sí. No es la más grande de esta marca.

—Se le notará menos en el bolsillo.

—Es cierto. La «Magnum» es una buena marca, tiene otro tipo de pistolas con calibre más grueso, pero ésta es suficiente.

—¿Servido, *monsieur*?

—Por ahora, sí.

Sacó unos billetes que pasó por encima del hombro del taxista. Éste, vigilándole por el espejo retrovisor, pinzó el dinero con sus dedos como un cuervo atento.

—¡Ciento cincuenta! —Silbó de admiración.

—Es algo más de lo que debía darte, eso quiere decir que si te portas bien no te arrepentirás.

—Soy su taxista, *monsieur*, pero no se le olvide pedirme que me largue cuando haya fritura de plomo; las balas me sientan fatal. En una ocasión, hubo un tiroteo en la calle, guardia nacional contra... Bueno, ¿qué más da?, los muchachos quedaron fritos. La guardia nacional se salió con la suya, están mejor armados y son más. Bueno, a mí me tocó una bala perdida en la pierna y la verdad es que duele lo suyo.

—Si eso ocurre, ya te avisaré.

—Hágalo, porque yo no me creo que quiera la pistola para que no le roben el reloj que lleva. Lo que se gasta en la pistola es el valor de un reloj buenecito.

Salvador demostró tener un perfecto conocimiento de la capital federal.

Jean Onyx se guardó las cajitas con la munición y comprobó que la petaca de la pistola estuviera llena.

Movió el arma en su mano para comprobar su funcionamiento y optó por guardársela en un bolsillo mientras el taxi se detenía ante una finca que, desde la ladera de la colina dominaba el lago en torno al cual se levantaba la capital federal. A lo lejos, titilaban las luces pobres de los suburbios marginados.

No necesitó llamar. Como si estuvieran esperándole, se abrió la verja.

Salvador preguntó:

—¿Dónde va a apearse?

—Adentro.

El coche se internó en la propiedad, rodeada de amplísimos jardines que, obviamente, pertenecían a alguien muy rico.

Se detuvo frente al atrio de una casa de estilo colonial español reformada una casa elegante que en su interior poseía todo el confort de la vida moderna.

Dos servidores se acercaron al atrio. Para esperarle había luces en abundancia, una iluminación excelente.

—Salvador, espérame. Me llevarás luego al hotel —le dijo, en presencia de los criados de la mansión.

—¿Señor Onyx? —preguntó uno de ellos.

—Sí, yo mismo.

—Sígame, por favor.

La educación era exquisita.

A través de un salón amplio, le condujeron a una biblioteca que sólo tenía encendida una luz focal que iluminaba un libro abierto dedicado a plantas. Las fotografías a todo color se veían espléndidas y con mucho detalle.

—Buenas noches, ingeniero.

La voz femenina era algo grave, pero terriblemente sugerente.

Su dueña, de estatura mediana, estaba algo delgada, pero con las redondeces de su cuerpo bien definidas dentro de un vestido negro que le llegaba a los pies.

Jean Onyx la miró. Tenía el cabello largo, recogido bajo la nuca y muy moreno; un cabello grueso y hermoso.

Los ojos también se veían oscuros y la piel, bronceada por el sol. La mujer fumaba en boquilla y su actitud, su mirada, el pliegue de sus labios, eran de dominio.

Jean comprobó que no estaban solos. Al fondo de la biblioteca, en la semioscuridad, había un hombre encajado en una butaca con orejeras.

Llevaba gorra de uniforme y gafas oscuras pese a que él casi se hallaba en la oscuridad. Bajo la nariz, un bigote largo, recortado, de guías rectas, como si pretendieran llegar hasta las orejas.

—Buenas noches, señora...

—Fuentebuena —dijo ella.

—Ése no es su nombre. ¿Verdad, señora?

—Antonia Fuentebuena. ¿Le parece mejor así?

—Entonces, el caballero que nos acompaña no es su marido.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó la mujer, con una leve sonrisa de suficiencia.

—Porque él es el comandante Prieto. ¿O acaso me equivoco?

Notó un ligerísimo cambio en el rostro de la mujer que dio una rápida ojeada al silencioso individuo de la butaca.

—Soy viuda y, lógicamente, él no es mi marido. Tome asiento, ingeniero.

—Puede llamarme Jean —dijo él sentándose en una silla de alto y recto respaldo, posiblemente estilo español del dieciocho.

No le dio la espalda al hombre del uniforme y las gafas oscuras. Antonia de Fuentebuena no había querido concretar si era o no el temible comandante Prieto.

Sacó un cigarro de su petaca alargada y la mujer le ofreció una tabaquera que se hallaba sobre la mesa.

—Fume de éstos.

—Muchas gracias, pero la costumbre... ya sabe.

—La costumbre en un hombre de mundo que busca a gente muy especial es no fiarse de nada ni de nadie. ¿Desconfía de mí, *monsieur* Onyx? Usted es francés, ¿verdad?

—*Sir* eso es lo que dice mi pasaporte.

—Un pasaporte se puede falsificar.

—Está mi acento.

—Eso también puede falsificarse.

—Sí, todo se puede falsificar excepto unos ojos tan hermosos como los suyos.

—¿Eso se lo debe usted a ser un latino?

—Usted también es latina, ¿verdad?

—Hablemos de usted, ¿le parece? Dice que es ingeniero agrónomo...

—Exactamente.

—¿Y qué puede ofrecer un ingeniero agrónomo aquí en Santa Andina?

—Santa Andina es un país magnífico, de vegetación exuberante.

Hace calor, pero como hay la humedad suficiente, esto no es un desierto. Los frutos más tropicales se dan en este lugar, claro que también es importante la exportación de orquídeas y es bonito tener un lugar apropiado para la cría y reproducción de colibríes.

—Le pareceré mucho más práctica, *monsieur* Onyx, pero yo tengo plantaciones de café, ya sabe, cafetales, cacao, caña de azúcar.

—¿De veras es usted una gran terrateniente?

—Tanto que ya han intentado matarme tres veces. Hay gente que no sabe contentarse en su puesto.

—Claro que a lo mejor sus latifundios ahora no se llaman de Fuentebuena, si no que se han convertido en sociedades anónimas.

—Amigo mío, los tiempos cambian y las formas externas, también, evidentemente.

La mujer le alargó la llama de un fósforo extra-largo.

Después de chupar el cigarro y vaciar sus pulmones de humo, Jean Onyx dijo:

—¿Está usted interesada en la mejora de sus plantaciones?

—¿Por qué no?

—Es que me parece raro que me haya pedido que venga a visitarla aquí a su palacete, de madrugada, cuando debe tener ingenieros agrónomos popeyes, ya me entiende, americanos que cuidan de las simientes y del resto de su plantación.

—Los americanos poseen una excelente tecnología que hay que aprovechar. Se obtienen mejores productos, más grandes, más olorosos, con mejor aspecto, de más fácil recolección y más resistentes a las plagas.

—Pero, como le suelten un desfoliador de los que dejaron caer en Indochina, se va a quedar usted sin plantaciones, mi querida señora Fuentebuena.

—Muy irónico. ¿Le apetece una copita de jerez?

—Ah, pues claro, si no está llena de veneno, naturalmente. Y sírvale otra al comandante Prieto, por favor.

El hombre vestido de uniforme continuaba quieto en la butaca, sin decir nada. No parecía querer intervenir para asentir ni para negar, era como si se hubiera dormido tras sus gafas oscuras, lo que a Onyx le parecía increíble en un hombre como debía ser el comandante Prieto, jefe de toda la guardia nacional y también,

según se rumoreaba, de las policías paralelas de Santa Andina.

—Fíjese en el color dorado de este jerez; si fuera de día, aún se podría ver mejor, es de lo más exquisito de España.

—¿Tiene usted posesiones allí también?

—No, es un pariente lejano mío que tiene la delicadeza de enviarme algunas botellas de sus mejores caldos.

Ella bebió sin esperar a que Jean hiciera lo propio. Luego, sus ojos semejaron hacerse más brillantes y su voz más ronca al decir:

—¿Qué le parece si hablamos más en serio? Se está acercando la hora de acostarme.

—Si quiere, lo hacemos juntos, está usted de muy buen ver.

¡Plaf!

La bofetada restalló seca. El rostro de Jean Onyx apenas se movió; sin embargo, se sonrojó a causa del castigo infligido por la mano rápida de Antonia Fuentebuena, ya que había adoptado el apellido de su difunto esposo.

—¿Qué es lo que ofrece, ingeniero?

—Si lo digo, recibo otra torta. Las hay que replican con un beso; les parece mucho mejor.

—No se haga el don Juan; no soy ninguna niña. He vivido más de lo que corresponde a mis años y tampoco soy joven de modo que no se haga el listo y hablemos claro. ¿Qué ha venido a ofrecer?

—Yo tenía que ver al Venusino —puntualizó Jean.

—Hable conmigo; es lo mismo que si hablara con él.

—No es igual y por muy rica que usted sea y por muy acompañada que esté del comandante Prieto, verdadero Robespierre de esta república, yo hablaré con el Venusino porque sé que él es el «capo».

—No le verá si no se explica mejor.

—Sé perfectamente que plantaciones que producen mucho dinero están enfermas. Yo tengo un cargamento de semillas tratadas contra las enfermedades, semillas de calidad extraordinaria aptas para sufrir una microrradiación, lo que cuadruplicaría sus frutos en cada una de las plantas. Imagínese, en el mismo espacio de terreno cultivado, cuatro veces más producción y con calidad extraordinaria, jamás conocida. Cuando se elabora, lista para el mercado, la pureza es total. Creo que ya he dicho suficiente.

—¿Quién es usted en realidad?, ¿para quién trabaja?

—Un pequeño equipo comenzó a hacer experiencias en Indochina hace ya veinte años. Yo, por supuesto, no formé parte del equipo fundador. Nuestro sistema elimina braceros y, por tanto, posibles voceadores. En fin, cuando el Venusino quiera verme, me encontrará en el hotel Five Star. Si dentro de una semana no he recibido noticias; me marcharé. Ah, se me olvidaba... Si soy secuestrado o maltratado, mis socios se cerrarán en banda y no habrá negocio. Es un pacto que tenemos antes de comercializar nuestras semillas, nuestro sistema de producción. El que antes lo ponga en marcha, avasallará a los demás en cantidad y calidad.

—¿Y la microrradiactividad que pueda tener el fruto ya recolectado?

A la pregunta de Antonia Fuentebuena, Jean respondió:

—Es mínima, tan mínima que no se puede detectar salvo con aparatos muy especializados.

—¿Puedes demostrar todo lo que cuentas?

—Naturalmente que sí, de lo contrario no habría venido. Sé perfectamente que aquí hay muchos intereses, lo mismo de compatriotas suyos que de hijos del Tío Sam que compren acciones de las plantaciones que son sociedades anónimas, asegurándose el abastecimiento de sus almacenes para distribuir luego el producto en sus mercados, debidamente controlados.

—Habla como si lo supiera todo sobre nosotros.

—Sé todo lo que necesito saber para poder vender mi mercancía y mi tecnología. Por cierto, los emisores de microrradiactividad agrícola se los podrán vender sus socios americanos. Como oficialmente son un país amigo, no habrá problemas para remitirles las pequeñas pilas nucleares que precisarán para poner en marcha este sistema. Estoy seguro de que el comandante Prieto se encargará de que todo pase por la aduana de Santa Andina sin ninguna clase de problemas. Ahora, me voy. Cuando el Venusino quiera verme, que me llame y nada de tretas ni de matones como el popeye del cabello cortado al cepillo y sus compinches. Ah, y en un plano ya más privado, no me desagradaría que usted, señora de Fuentebuena, fuera mi cicerone. Hay muchas cosas hermosas en Santa Andina que me gustaría ver. Quizá, a la segunda vez que le proponga que nos acostemos juntos, no me replique con una bofetada.

—Es usted tenaz.

—Para vender y para llevarse a la cama a una mujer frígida, hay que ser tenaz.

Antonia Fuentebuena sintió que sus mejillas se sonrojaban de indignación al oírse llamar frígida, pero ya Jean Onyx, con su alargado cigarro entre los dientes, se alejaba hacia la salida, dándoles la espalda y demostrándoles que estaba muy seguro de sí mismo.

—¿Cómo ha ido todo, *monsieur*?

—Bien, bien. El cebo ya está puesto, ahora sólo falta que el tiburón lo muerda.

—¿Y cómo se llama ese tiburón?

—No preguntes demasiado, Salvador, ya me has dicho que no querías que te hicieran ojales en la piel. Anda, larguémonos de aquí. Por cierto, ¿sabes quién estaba dentro de la casa?

—No.

—El comandante Prieto en persona.

Como si acabaran de nombrarle al mismísimo Satanás, Salvador pisó el acelerador a fondo.

Haciendo roncarse el motor ruidosamente, rodó a toda velocidad en busca de la salida.

CAPÍTULO IV

La mula de patas largas avanzaba cachazudamente por el sendero que cruzaba la selva.

Sobre el animal viajaba el doctor Ramírez que se conocía bien el camino, un camino que, desde que recibiera órdenes concretas, efectuaba a diario.

Ramírez era un hombre con unos cuantos kilos de más sobre su cuerpo de ordinario sudado.

Cubría su cabeza con un sombrero blanco de cierto precio y usaba gafas de montura redonda.

Llevaba bigote y su tez morena parecía indicar que circulaba cierta cantidad de sangre india por sus venas.

El doctor Ramírez no era un sujeto fácilmente excitable salvo que el calor se hiciera más insoportable. Sabía bien lo que le esperaba en la vida y se decía a sí mismo que ésa era su suerte y que si quería vivir muchos años, no debía exigir más.

La vegetación fue haciéndose menos espesa y entró en las plantaciones. Después, por entre unos altos árboles, llegó a Puebla Cholí.

Aquella zona era muy pobre. La aldea estaba conformada por chozas miserables, tres edificaciones de adobe y cuatro casas prefabricadas que debían haber llegado allí en camiones.

A la vista había poca gente. Era hora de labor, la hora en que los campesinos a jornal estaban trabajando en las plantaciones, doblando sus espaldas, sudando bajo el achicharrante sol tropical con una temperatura ambiental húmeda. Sus cuerpos, protegidos por las camisolas largas, sudaban y olían mal, lo cual a ellos no les importaba en absoluto.

Pasó por delante del puesto de la policía rural que dependía de

la llamada «nacional», todas bajo el mando del comandante Prieto.

En Puebla Cholí no había otro vehículo que el *jeep* de la policía rural, ahora estacionada frente al cuartelillo en cuyo mástil ondeaba la bandera de Santa Andina. En la puerta siempre había un centinela armado.

Detuvo la mula frente al cuartelillo y alzando la voz preguntó al centinela, después de desearle los buenos días:

—¿Cómo está el sargento Marcos?

—Bien, señor doctor, cazando.

—Sí, eso debe ser. No he oído los perros al llegar.

—Se los llevó, doctor.

—Bien, voy a visitar a las forasteras.

El policía rural que mantenía la vigilancia no dijo nada y el doctor se alejó con su mula hacia una de las casas prefabricadas de madera.

Era un chalet que no encajaba en aquel ambiente tropical, pero que debía ofrecer un mínimo de comodidades. Todas las ventanas se hallaban enrejadas y, junto a la puerta, en un banco a la sombra que brindaba el tejadillo del porche, había otro policía armado montando guardia.

Nada más ver al doctor, le saludó.

—Buenos días, doctor.

—¿Cómo están las mujeres?

—Como siempre, doctor.

—¿Salen?

—Pocas veces. Como solo puede salir una y cuando regresa sale la otra...

Se apeó de la mula y tomó su maletín. La puerta estaba abierta y dentro de la casa sonaba la música de un potente transistor a pilas.

De inmediato, vio a las dos muchachas; una de apenas catorce años y la otra camino de los dieciocho.

Ambas eran rubias, la mayor más que su hermana menor.

—Buenos días, jovencitas.

Ninguna de las dos muchachas respondió. Los ojos femeninos estaban cargados de recelo, de encono.

—¿Cómo está vuestra madre?, ¿no mejora de las fiebres?

Liz, la mayor, cerró el libro que estaba leyendo y replicó:

—Mi madre no tiene fiebres.

Las jóvenes hablaban con marcado acento extranjero, aunque conocían bien el castellano. Por orden de su padre Dennis Hoffman, toda la familia había estudiado el idioma de Cervantes, ya que él había enfocado su vida en la diplomacia para desarrollar su labor en los países latinoamericanos.

—¿Eres médico, acaso? —preguntó con sorna.

—Y usted, ¿de veras es médico?

Con una sonrisa cínica bajo el grueso y largo bigote, rezongó:

—¿Acaso no me llama doctor todo el mundo?

—Eso no es una garantía para mí.

—Bueno, no tengo por qué convencerte.

—Sí tiene.

—¿Por qué? —interrogó, entre desafiante y burlón.

—Porque está tratando a mi madre.

—Llamad a otro médico, si no os parezco bien.

—Sabe que no hay otro. Estamos aquí secuestradas.

—¿Secuestradas? ¡Qué tontería!

—¿Ah, no? ¿Y las rejas en las ventanas?

—La puerta no está cerrada.

—Pero sólo puede salir una de nosotras.

—Bueno, bueno, no es para tanto.

—¿Y los perros del sargento? Si escapara una de nosotras, los perros la harían pedazos antes de que se alejara diez millas.

—Quizás vuestro papá pueda venir pronto a visitaros.

—¿Papá? —preguntaron las dos al mismo tiempo.

El doctor Ramírez les dio la espalda y penetró en la alcoba donde una mujer todavía joven se hallaba en la cama.

En Puebla Cholí no había electricidad; si en algún lugar se necesitaba para algún trabajo concreto, se ponía en marcha el grupo electrógeno, pues hasta allí no llegaba un tendido eléctrico, estaban demasiado lejos de la civilización.

—Buenos días, *mistress* Margaret.

La esposa de Dennis Hoffman estiró la ropa para cubrir sus pechos desnudos. Tenía calor y lo soportaba mal. Se hallaba protegida dentro de una gran mosquitera que cubría toda la cama y que colgaba del techo mediante una cadenita.

—No tiene por qué avergonzarse, *mistress* Margaret. Soy el médico. Vengo a curarla.

La mujer notaba su garganta reseca; sus ojos suplicaban y sus labios temblaban, lo mismo que sus manos.

—Doctor, deme alivio.

—Claro que sí, *mistress* Margaret —asintió él ceremonioso mientras depositaba su maletín sobre una mesita.

Lo abrió y extrajo de él un cartucho plástico que contenía jeringuillas en alcohol y unas botellitas tapadas con goma que no llevaban otra referencia sobre su contenido que unos números.

Despacio, como si fuera un ritual, preparó una jeringuilla. Pinchó uno de los tapones de goma y succionó parte de su contenido. Observó la jeringuilla hipodérmica y luego, tomando una goma, apartó la mosquitera.

Tomó el brazo de *mistress* Margaret, le aplicó la goma en el brazo y observó el codo.

—Hum, ya le hemos dado muchos pinchazos aquí, *mistress* Margaret. Tendremos que ir buscando nuevos lugares.

—Busque donde quiera, pero pinche, pinche de una vez.

Limpió con alcohol y apoyó la punta de la aguja intravenosa sobre la piel, justo donde la vena se azulaba y abultaba ligeramente. Presionó, estiró del émbolo y al interior de la jeringa pasó un poco de sangre. Después, presionó el émbolo e inyectó.

En el rostro de la señora Hoffman podía notarse que el contenido de la jeringuilla pasaba al interior de su circuito sanguíneo.

El doctor Ramírez soltó la goma y limpió con alcohol el lugar del pinchazo.

—¿Cómo se siente ahora, *mistress* Margaret? —preguntó con una sonrisa maligna.

—¡Huuuum...! ¡Oh, qué falta me hacía, doctor!

La norteamericana se estiró y encogió varias veces en la cama, voluptuosamente, ya no le importó que la sábana descubriera parte de su cuerpo desnudo.

Sus pupilas se dilataban, su boca se entreabría y su respiración se hacía más profunda.

—Que usted lo disfrute bien, *mistress* Margaret.

Salió del cuarto dando una última ojeada al cuerpo semidesnudo de la mujer.

Al pasar a la salita o pieza principal del chalet prefabricado en

madera, los ojos de Liz y Evel se clavaron en él.

Liz preguntó, áspera:

—¿Qué medicamento le da a nuestra madre?

—El que le hace falta.

—¿De qué se trata?

El doctor sonrió, suficiente. Se sabía por encima de las yanquis, lo cual le producía una gran satisfacción, ya que cualquier norteamericano que pasaba por Santa Andina, lo hacía pisando fuerte, como queriendo demostrar que era superior.

—Aquí, en el trópico, se dan enfermedades que vosotras no conocéis. Vuestra madre necesita el medicamento que yo le proporciono.

—¿Y si no se le da ese medicamento? —inquirió Liz.

—Bueno, será ella quien lo pida.

—No me gusta usted, doctor, no me gusta nada —casi le escupió la joven Liz.

Las dos muchachas se hallaban desconcertadas. El doctor Ramírez jugaba con ellas como si fuera un gato con ratoncitos. El sabía perfectamente lo que le sucedía a su aún joven madre y también sabía lo que le inyectaba.

Antes de que pudieran cruzar una nueva palabra, se escuchó el ruido del motor de un *jeep* que se detuvo frente a la casa.

De él saltaron cuatro hombres que saludaron al policía que montaba guardia en la puerta y entraron en la casa.

—Hola, doctor Ramírez —saludó Walter con su marcado acento yanqui, un acento que a los santandinos les recordaba a popeye, no les gustaba.

Liz, en pie, agresiva, exigió:

—¡Déjenos marchar de aquí!

—Bonita la chica, ¿eh? —rezongó Kopol.

—A mí me gusta tanto, tanto... —dijo Sammy sin recato, acercándose a Liz y haciéndola retroceder.

Walter se encaró con Sammy, un individuo fuerte y alto, de abundante cabello negro.

—Déjala estar —ordenó, contundente.

—¿Por qué? Si está muy buena...

—De momento, de momento —repitió despacio, como amenazador— hay que dejarlas en paz. —Se volvió hacia Ramírez y

preguntó—: ¿Y la madre, cómo está?

—Acabo de darle su medicamento.

Walter soltó una súbita carcajada.

—¿Y cómo le sienta?

—Bien, muy bien, ya no puede pasar sin él.

—Eso es lo que hacía falta —gruñó Kopol.

—¡Sammy!

—¿Qué, Walter? ¿Vas a dejarme un ratito a solas con esta preciosidad?

—Anda, si quieres rebajar tu calentura, pasa a la habitación.

—¿De veras puedo pasar?

—Sí. ¿No es cierto, doctor, que le recibirá con los brazos abiertos?

—Seguro —asintió el doctor Ramírez, cerrando su maletín.

Sammy soltó una ruidosa carcajada y se internó en la alcoba.

—Hola, *mistress* Hoffman. Está usted estupenda...

No se oyó ningún grito de queja por parte de *mistress* Margaret.

Liz temblaba de rabia y desesperación.

—¡No, cobardes, no!

Intentó correr hacia la habitación, Walter la detuvo dándole una violenta bofetada que casi la hizo caer.

—¿Qué, quieres seguir gritando?

—¡Cobarde!

—Deja a tu madre que se lo está pasando muy bien, es un favor que le hace Sammy. Y no te preocupes, va a recordar poco de lo que pase.

—¡Cobardes, canallas, canallas!

Liz quiso intentar de nuevo entrar en la alcoba, pero recibió otra brutal bofetada.

Evel, muy pálida, temblaba visiblemente, estaba como presa de un ataque de nervios. De pronto, empezó a chillar.

—¡Mamá, mamáaa!

—¡Kopol, hazla callar!

Se quitó el cinturón trenzado con piel de serpiente y lo hizo bascular en su mano. Evel lo miraba obsesionada, como hipnotizada.

—¡No, no! —gritó Liz saltando sobre su hermana menor y abrazándola.

—Eh, ¿no oís perros? —preguntó Walter.

El doctor Ramírez, que se disponía a abandonar la vivienda, como no deseando saber nada de lo que allí ocurría, indicó:

—Son los perros del sargento, había salido de caza.

—El sargento, ¿eh? Vamos a verle.

—¡Eh, esperadme! —exclamó Sammy, saliendo de la habitación mientras se abrochaba los pantalones.

Liz volvió la cara y le tapó los ojos a su hermana.

—¡Canallas, canallas!

—¿Satisfecho, Sammy? —le preguntó Kopol, mordaz.

—No es como las jovencitas, pero con el furor que tiene en estos momentos, creí que se me comía vivo.

Salieron del porche, importándoles muy poco lo que pudieran sentir las dos muchachas.

El doctor Ramírez fue el último en salir y mirándolas silabeó:

—No son santandinos, ellos son compatriotas vuestros. No vayáis a olvidarlo nunca, jovencitas, nunca.

Afuera había varios policías rurales con aspecto muy fatigado; la falta de sueño se notaba en sus rostros.

Los perros, no menos de una docena, ladraban también con cansancio, como si tuvieran la orden de seguir ladrando aunque no lo desearan.

Eran perros grandes, fieros, perros alimentados con carne, una carne que las gentes del poblado no veían en sus propias mesas porque allí eran tratados peor que los propios perros.

El sargento que comandaba el grupo llevaba una metralleta al brazo y delante de ellos, acosados por los perros, heridos y sangrantes, atados con los codos a la espalda uno al otro y las manos bien sujetas por esposas, había tres hombres, tres campesinos santandinos capturados.

Pero sus espíritus no estaban vencidos, sus ojos así lo reflejaban mientras a través de sus ropas desgarradas podían verse las dentelladas de los perros contra los que habían tenido que luchar.

—Buenos días, míster Walter —saludó el sargento con actitud servil.

—¿De cacería, sargento? —preguntó el norteamericano.

—Sí, nos ha llevado casi dos días capturarlos.

—¿Qué han hecho?

—Son miserables. Ya sabe, los que gritan que son revolucionarios no son más que miserables delincuentes en contra de la ley. Ya les tenía vistos, pero esta vez se han pasado.

—¿Qué han hecho en realidad? —quiso saber Kopol.

—Quemaron una parte de la plantación, se creen los salvadores del mundo.

Incrédulo, Walter repitió:

—¿Que han quemado una parte de la plantación?

—Así es, míster. No son los primeros que lo hacen y hay que darles caza. Los tipos como éstos son como un cáncer que se propaga rápidamente y hay que cortarlo de raíz o en poco tiempo todo se queda en llamas.

—¡Maldita sea! Vamos.

—¿Adónde, míster?

—Al cementerio.

—Eso está bien, míster. ¡Andando!

Empujaron a los prisioneros mientras Walter preguntaba, bajando del porche:

—¿Hay más, aparte de éstos?

—Sólo se ha escapado uno, creemos que es una chica.

—¿Lo han dicho ellos?

—No, míster, ellos no dirán nada aunque los desuellen vivos.

—¿Lo ha intentado?

—No es la primera vez, pero no hay manera, ya los conozco bien.

—¿Una chica, dice?

—Eso creemos. La encontraremos, no le quepa duda; hemos dado aviso a otros puestos y en cuanto asome las narices, la capturaremos como a éstos.

—¿Y si se refugia en la selva? —preguntó Walter.

—Una chica sola en la selva no vivirá mucho.

Empujaron a los tres prisioneros hasta el cementerio, pequeño y descuidado.

—Traed unas palas —pidió el sargento.

Trajeron tres palas. Los americanos miraban al sargento que ordenó desatar a los prisioneros.

—Vamos, empezad a cavar.

—Cavad vosotros que sois los perros de ellos —escupió uno de

los prisioneros.

El propio sargento le dio un puñetazo en la mejilla que lo tumbó, pero no lo humilló. Otro escupió al rostro de uno de los soldados y a cambio recibió un culatazo.

—¡Cavaréis!

—¡Asesinos, vendidos, estáis vendidos! —gritó el tercero de los prisioneros.

Walter sacó su pistola de grueso calibre y al que acababa de gritar con toda la furia que le salía del alma le disparó a la cabeza.

El sargento miró al americano y dijo:

—No había que darse tanta prisa.

—Éste es para mí —gruñó Kopol.

Sacó su correa, trenzada de piel de serpiente y comenzó a azotarlo con sadismo, alcanzándole incluso el rostro.

—¡Mirad, mirad cómo se cae, cómo lame el suelo!

—¡Canallas, asesinos, matadnos de una condenada vez! —gritó el otro.

Un soldado le apuntó con su metralleta. El sargento le ordenó:

—Quieto, que nadie lo toque.

Kopol dejó de flagelar a su víctima que chorreaba sangre por todo su cuerpo abierto, en carne viva por los golpes, por las dentelladas de los perros que no cesaban de ladrar y los terribles latigazos.

—¿Está muerto? —preguntó Walter.

El sargento lo puso boca arriba con su bota. Mirándolo, contestó:

—No está muerto aún, pero durará poco. Atadlos bien apretados los tres juntos, uno muerto, el otro que agoniza y el vivo que les haga compañía y que comparta sus gusanos, para eso son compañeros de bandidaje.

—¡Canallas, asesinos, matadme, matadme, pero no mataréis la justicia, no mataréis a todos los que queremos un país nuevo!

El que gritaba recibió un puñetazo en la boca que le reventó los labios; la barba se le llenó de sangre.

Mientras, en la selva, una muchacha de largos cabellos oscuros, vestida con camisola y pantalones verdes que le servían para camuflarse, respiraba jadeante.

Había salido de un cenegal donde permaneciera escondida, huyendo del feroz rastreo de los perros de la policía rural que no

buscaban la justicia sino favorecer los intereses que defendía el comandante Prieto, terror de Santa Andina.

Estaba asustada; se sentía sola y su espíritu sollozaba por los compañeros capturados, pero entre sus manos sostenía una metralleta arrebatada a los policías rurales, unos policías que no se comportaban como tales sino como auténticos perros al servicio de inconfesables intereses que escondían los nombres de sus propietarios detrás de sociedades anónimas.

La muchacha estaba confundida; sin embargo, sus dientes rechinaban de rabia y rebeldía.

Podía tratar de escapar por el interior de la selva y buscar algún refugio, mas se dijo que no debía abandonar a sus camaradas.

Mirando en derredor con recelo, como un animal que teme que la fiera carnicera salte y le caiga encima, traidoramente, avanzó en dirección a Puebla Cholí, aún sabiendo que caminaba hacia su propia tumba.

Estaba decidida a quemar hasta la última bala de la metralleta antes de dejarse atrapar, sabía bien lo que la esperaba si eso ocurría.

CAPÍTULO V

—Tiene muy mala cara, Hoffman.

Dennis Hoffman evadió la mirada de su superior, el secretario de embajada.

—No, no lo crea, estoy mejor, sufro un poco de insomnio.

—Desde que tuvo el accidente de automóvil, quedó muy resentido.

—Ya sabe que un accidente de automóvil es algo muy normal hoy en día y más en nuestro país, donde hay tantos coches.

—Sí. La verdad, Hoffman, ¿no ha pensado en visitar a un psiquiatra?

—¿Un psiquiatra? —repitió, extrañado.

—Si tiene algún problema con su familia, quizá le dé una solución, ya sabe, una posible salida al problema. En muchas ocasiones creemos que la culpa de nuestros problemas la tienen otras personas, pero quizás sean debidos a alguna intransigencia nuestra que tiene fácil arreglo.

—Me repondré, ya se lo he dicho; es un poco de insomnio.

—Bien, pero mejórese. Es una sugerencia del embajador, quizás tenga que hacer un informe sobre usted a la superioridad y... En fin, ya me entiende.

—Tomaré unos somníferos.

—Visite al médico; no tome somníferos por su cuenta, podría resultar peligroso.

—Hoy mismo visitaré al doctor.

—Magnífico, Hoffman.

Dennis Hoffman suspiró. Tenía el gesto torcido, no podía ya estar más inquieto y preocupado de lo que estaba. Miró su reloj, se puso al volante de su automóvil y se alejó del recinto de la

embajada.

Circuló sin prisas, como meditando. Dio un rodeo por el parque de Las Aguas, siempre vigilando por el espejo retrovisor que no le siguiera nadie. Después, se dirigió a la gallera de los Morenos.

En aquellos momentos había animación; se celebraban peleas de gallos y los apostantes eran numerosos.

Se acercó a observar la pelea y vio cómo los dos animales, entrenados para matar, se abalanzaban uno contra otro, se picaban y hundían sus espolones en las carnes del contrario para desgarrarlas mientras eran azuzados por los entrenadores, por sus respectivos propietarios y por los apostantes.

La sangre de las aves salpicaba en derredor hasta que uno de los gallos quedó sujeto por el pico del otro mientras con las uñas lo abría y desvisceraba, matándolo, lo que produjo gran excitación entre los apostantes.

Nadie se preocupó por la agonía de la valerosa ave.

Hoffman encendió un cigarrillo y, mientras lo hacía, observó en derredor con disimulo. Buscaba a alguien y no sabía a quién.

Se dirigió a los urinarios; eran grandes y hediondos.

—No se mueva, Hoffman —le pidió una voz.

Dennis Hoffman miró en torno suyo. La voz había salido de detrás de la puerta de uno de los retretes. Por encima de la misma se elevaba una columna de humo, lo que indicaba que tras ella alguien fumaba.

—¿Quién es?

—Soy el que estaba esperando.

—Pero ¿quién es? —insistió.

—Soy el Galo.

—¿Cómo puedo comprobarlo?

—Si no lo cree, márchese.

—¿Puedo verle la cara?

—De momento, mejor que no. ¿Ha visto a su familia?

—No, aún no —dijo, nervioso.

—¿Ha exigido verla?

—Sí.

—¿Y cuál ha sido la respuesta?

—Que podré verla pronto.

—¿Cuándo es pronto? —quiso saber la voz que trataba de ser

impersonal.

—No me lo dirán hasta que me lleven.

—Bien. Memorice el número que voy a darle.

—¿Un teléfono?

—Sí. En cuanto le propongan ir a ver a su familia, llame a ese teléfono. Diga que sale de viaje y que necesita un taxi.

—¿Ese teléfono es de confianza?

—Lo es; no obstante, hable con cautela.

—¿Estará usted al otro lado del hilo?

—Estará alguien de mi confianza que, después de todo, no sabe de qué se trata. Le pago bien para que me transmita los recados.

—Si lo descubren, me juego la vida de los míos.

—Si se calla y les sigue el juego, la vida de su familia ya está jugada.

—Todavía viven y eso es lo que importa.

—Sí, pero ¿quién le asegura que seguirán viviendo después de que usted les haya visitado?

—Ellos creen que si las matan les denunciaré.

—Está vivo porque piensan que tiene la denuncia escrita en algún lugar seguro. Si averiguan que no la tiene, está perdido, usted y toda su familia. Los hombres del comandante Prieto se encargarán de justificar una muerte múltiple. Por cierto, la semana pasada supe de la muerte de un ex político con su familia dentro de su automóvil. No fue en Santa Andina, cierto, pero se supone que fueron los hombres del comandante Prieto que cruzaron la frontera.

—Sí, sí, lo sé —asintió Hoffman, nervioso.

—No está de más que se lo recuerde. Incendiaron el coche después de cerrar bien las portezuelas, todos achicharrados. ¿Le gustaría ese fin para usted y su familia?

—No, no.

—Pues, ándese con cuidado porque pueden presionarle para que les diga lo que ellos desean saber.

—He hecho lo que he podido, me lo he jugado todo, todo. Les he llamado para que me ayuden; no he actuado como un cobarde.

—Es cierto, es usted un tipo con agallas. Se lo ha jugado todo, por eso estoy aquí. Hay que actuar con cautela; después de todo, éste no es nuestro país. La policía podría despacharse a gusto conmigo y provocar un falso accidente para usted.

—Un hombre solo no conseguirá nada —dijo Hoffman, desalentado—. Hay mucha gente importante involucrada en esto; hay demasiado dinero a ganar.

—Lo que haga el gobierno de Santa Andina no es problema nuestro; sus problemas deben solucionarlos ellos, pero le han metido a usted y además hay otros tipos que no son santandinos y que también están mezclados; por eso intervenimos.

—Me conformo con el rescate de mi familia.

—Se hará todo lo que se pueda.

—Hay que hacer más de lo que se pueda.

—Nuestra única arma es la astucia. Tampoco se puede organizar un escándalo internacional porque ciertos diplomáticos norteamericanos formen parte de la Mafia internacional; sólo son unos elementos indeseables que, por desgracia, se cultivan en todas partes. Hay que evitar que la opinión pública acuse a la diplomacia yanqui.

—Pero ¿usted es yanqui?

—Eso no le importa.

—Sí me importa, soy un diplomático.

—Hay un agregado de embajada que está metido hasta el cuello en esto y quizá haya más.

—Es lo que yo denuncio.

—Lo sé, pero reconozca que fue un poco torpe diciéndoselo a la cara.

—Se lo dije para que reconociera su falta.

—Su actuación es de una ingenuidad rayana en la estupidez. Ese agregado no podía reconocer nada porque, en el fondo, no será más que un enlace entre la Mafia del Oeste americano y los oligarcas de aquí que tienen invertido su dinero en estos cultivos internacionales ilegales.

—Es demasiado fácil encontrar campos para cultivar drogas en países corrompidos como éste.

—Pero esos indeseables no se atreverían a cultivar aquí si no tuvieran la ayuda de la Mafia yanqui que les garantiza la compra. Sin posibles clientes, no hay fabricación.

—Es cierto; no resulta fácil vender la droga internacionalmente.

—Bien, ya hablaremos de eso. ¿Y los laboratorios?

—No sé dónde los tienen.

—Esto pasa de un asunto de Mafia internacional a ser un servicio de alto secreto diplomático, ya que podemos quedar involucrados en un escándalo de diplomacia internacional.

—Pero ¿usted es americano? —insistió Hoffman.

—Tiene el vicio de querer llevar los asuntos demasiado aprisa y a cara descubierta, Hoffman. Cuando hay tantos intereses y peligros de por medio, hay que ser muy astutos. Ahora, memorice bien el número que voy a darle y cuando sepa algo, comuníquemelo. Convénzase de que ellos ya le han sentenciado a muerte a usted y a su familia.

—¡No!

—Sí y lo que hay que evitar es que el verdugo ejecute la sentencia.

CAPÍTULO VI

Acercarse con cautela a los poblados, evitando ser descubierta por los guardias del comandante Prieto, no era nada nuevo para Isabelita.

Siendo casi una niña, había aprendido a moverse por la selva y en las plantaciones, junto a sus hermanos, con mucho cuidado para no ser descubierta y atrapada. Lo había sido en una ocasión, apaleada, luego humillada y encarcelada, pero un traslado de presos fue la ocasión propicia para que Isabelita escapara junto con otros camaradas, aunque algunos murieron sin conseguir llegar muy lejos.

Logró acercarse a una de las chozas de Puebla Cholí.

Anocheecía ya.

Mantenía el dedo sobre el gatillo de la metralleta; si habían de matarla, moriría matando. Tenía hambre y sed.

Empujó la rudimentaria puerta y se encontró con una mujer prematuramente envejecida. En torno a ella, pisando el suelo de tierra sin pavimentar, como el de la mayor parte de las Chozas de los campesinos, había cuatro niños que la miraron con ojos muy abiertos.

—¿Qué quieres? —preguntó la campesina que, pese a lo tardío de la hora, aún tenía a su hombre en las plantaciones.

—Han traído a tres patriotas.

—Sí, sí los han traído.

—¿Adónde los han llevado?

—Al cementerio.

—Hijos de mala madre... —barbotó.

—Lo siento, chiquita, pero se han oído tiros que vinieron de allá.

Isabelita tuvo deseos de llorar, pero se contuvo. No debía

desfallecer porque sería también su hundimiento y no podía caer para que todo siguiera igual.

—Ten cuidado, el sargento y sus hombres tienen los perros.

—Sí, a los perros ya los conozco. ¿Tenéis algo de comer y beber?

—Agua, sí, chiquita, pero comida...

—Mamá, hay pan de maíz —dijo uno de los críos, el mayor, que era el que tenía los ojos más grandes y quizás el cuerpo más flaco. Ya se le preparaba para el trabajo de los cultivos.

Isabelita miró a la campesina y ésta, apartando a los niños, asintió:

—Es cierto, tenemos el pan de la cena y mi hombre todavía no ha llegado —lo sacó del interior de un cesto, mostrándoselo—. Puedes llevarte la mitad.

Isabelita miró el pan de maíz que le ofrecían y luego a los niños.

—No, no, gracias, ya me las arreglaré. Por cierto, ¿en qué casa puede haber más comida?

—Aparte del cuartelillo, en la de las yanquis, pero tienen un guardia en la puerta.

—Gracias, y ni una palabra de que he estado aquí, ¿eh, compañeros?

Todos negaron con la cabeza. La campesina sintió un nudo en la garganta mientras sostenía el pan entre sus manos.

Isabelita no estaba acicalada, ni siquiera limpia. Llevaba el traje de los enemigos del comandante Prieto, estaba despeinada y podían verse arañazos en su rostro de tez morena por el sol y algo de ley sanguínea.

La joven hizo el esfuerzo de sonreírles y abandonó la choza. Ya en el exterior, se dio cuenta de que ni siquiera había tomado agua.

Dio un amplio rodeo escondiéndose entre matojos hasta llegar a las inmediaciones del cementerio que observó a distancia.

Vio un bulto grande en el suelo y no supo lo que era. De pronto, comenzó a ladrar un perro que, atado a la puerta del camposanto, parecía vigilar aquel bulto que yacía junto al muro.

Isabelita comprendió de inmediato que era uno de los perros de la guardia rural y hubiera deseado vaciar el cargador de su metralleta contra aquel animal que la había estado persiguiendo durante horas y horas.

Cogió una piedra, sacó una honda de su bolsillo y, mientras el

perro ladraba advirtiéndole de la presencia de un ser extraño cerca del cementerio, ella volteó la honda tal como le enseñaron para actuar de forma silenciosa.

Impulsada por la fuerza centrífuga, la piedra salió volando y no era pequeña, casi como medio puño de la muchacha.

—¡Aaaaauuuug!

El animal cayó al suelo y comenzó a gemir mientras de su cabeza manaba sangre.

Isabelita no perdió tiempo; corrió hacia él y, al llegar a su altura, sin dudarle, le dio un culatazo con la metralleta que le partió el cráneo, silenciando para siempre a aquel perro de la guardia rural.

Isabelita se arrodilló y miró en derredor, apuntando con su metralleta. Cualquier bulto con apariencia humana que hubiera surgido en aquellos momentos, se habría llevado una ráfaga de metralleta.

—¡Isabelita!

—¡Héctor!

Corrió hacia el grupo de hombres atados entre sí. Isabelita sacó un cuchillo y cortó las ligaduras que apenas veía.

—¿Estáis bien?

—Corta y vámonos —apremió.

—¿Estáis heridos?

—Sólo yo quedo vivo.

—¡No!

—Sí. Querían que me comieran los gusanos estando vivo.

—Cobardes.

—No podemos hacer nada por nuestros compañeros.

—Juan, ¿de veras no estás herido? —insistió.

—Un poco —dijo, desfallecido—. Tengo sed, mucha sed.

—Vamos.

—Sí, hay que huir.

—Si corremos ahora, nos perseguirán los perros. Hay que despistarlos.

—Tienes razón. El sargento volverá a echar los perros tras nosotros y nos atraparán.

—No.

—¿Por dónde has venido?

—Por el camino grande.

—Pues, volvamos por él. Si antes ya han pasado, aunque los perros rastreen, los guardias pensarán que los perros se han equivocado. Vamos.

Se internaron en Puebla Cholí.

La población estaba silenciosa cuando llegaron dos carretas tiradas por mulos que traían a los campesinos que canturreaban por lo bajo.

—Escondámonos.

Pasaron las carretas y Juan dijo a su compañera:

—No nos podemos quedar aquí.

—Juan, hay una casa con gringas que tienen agua y comida pero tienen a un «mono» en la puerta.

—¿Y las ventanas?

—No sé. ¿Y si esperamos un poco a ver qué hace el «mono»? —dijo, refiriéndose al centinela.

—Bueno. Después de todo, escondidos aquí, estaremos mejor.

Dejaron pasar dos horas tras acercarse al máximo al chalet prefabricado donde estaban las yanquis. Les pareció que el vigilante cabeceaba e Isabelita preguntó a su compañero:

—¿Crees que podremos reptar sin despertarlo?

—Lo intentaremos. Si nos descubre, mátalos.

—Así lo haré, Juan.

Se pegaron al suelo y reptaron con mucho sigilo. Juan consiguió llegar frente a la puerta, se hallaba cerrada, pero tenía la llave por fuera. De esta forma, las encerradas no podían salir.

El santandino dio la vuelta a la llave y logró abrir la puerta, que gruñó un poco. El guardia movió la cabeza, somnoliento.

Entraron sigilosamente en la casa. Ambos sabían que podía convertirse en una trampa mortal para ellos, pero tampoco tenían muchas posibilidades de escapar si no se recuperaban.

Si pasaban allí desapercibidos durante veinticuatro horas, ya no les buscarían. Si había un guardia en la puerta, sería el último lugar donde les buscaran.

La vivienda estaba a oscuras.

Se internaron por ella hasta que se encontraron frente al rostro de una muchacha rubia a la que pudieron ver gracias a la luz lunar que se filtraba por la ventana.

—¿Qué van a hacernos? —preguntó Liz con su marcado acento

extranjero.

—Nada —le respondió Isabelita—. Estás prisionera, ¿verdad?

—Sí.

—Si los guardias nos cogen a nosotros, nos matan.

—Yo no diré nada.

—¿Tenéis agua?

—Sí, sí.

Juan preguntó:

—¿Y comida?

—También.

—¿Y medicinas?

—No.

—Bueno, haremos lo que se pueda. Hay que encontrar un lugar para escondernos durante unas horas.

—Arriba, arriba. Si no suben, no les verán —dijo Liz.

Juan e Isabelita miraron la escalera que ascendía a un altillo en el que había dos camas.

—¿Estás sola?

—No; mi hermana Evel duerme.

—¿Sois dos?

—No, mi madre también está aquí abajo —señaló una puerta.

—¿Se encuentra mal? —preguntó Isabelita.

—Está enferma; el doctor Ramírez viene cada día.

—¿El doctor Ramírez? —rezongó Juan—. Ese tipo es un cerdo, está vendido. Mira, chica, nosotros tenemos que comer, beber y escondernos. Si nos descubren, habrá baile y no saldremos de aquí más que muertos.

—No diré nada.

—Si lo dices, moriremos todos —le advirtió Juan siempre cuchicheando para no ser descubiertos por el centinela de la entrada.

Liz dejó su miedo a un lado. Comprendió que Isabelita y Juan aún lo estaban pasando peor que ella y decidió ayudarles.

CAPÍTULO VII

Jean Onyx llegó en el taxi de Salvador al hotel Five Star. Había convenido con el taxista santandino no compadrear-se para que no se fijaran en ellos.

Cuando se dirigió al conserje del hotel para pedir la llave, éste les dijo:

—*Monsieur* Onyx, le están esperando en el bar.

Se encaminó al bar. En una mesa fumando, descubrió a Antonia Fuentebuena. A su lado estaba Walter, el norteamericano rubio del cabello cortado a cepillo y cuya forma de hablar recordaba a Popeye.

—¿Me buscaban? —preguntó acercándose a ellos, seguro de que eran ellos y no otros quienes le aguardaban.

—¿De visita? —preguntó la viuda.

—De paseo. Este país es muy hermoso, lástima que tiene excesiva proporción de barrios miserables.

—Yo no soy el gobierno —replicó despectiva la mujer.

—Me da la impresión de que está muy cerca de él.

—¿Y eso lo dice un tipo como usted que pretende mejorar los cultivos de drogas con tecnología muy moderna?

—Sí, no es cosa mía.

—Bien, no perdamos más tiempo intercambiando sarcasmos —le atajó Antonia Fuentebuena, levantándose.

—¿He de entender que nos vamos?

—Sí.

—¿Puedo preguntar adónde?

—Seguro que se lo imagina, pero es mejor que no lo diga. —Te pidió aquella mujer hermosa, pero llena de vanidad, arrogancia y ambición.

Salieron a la puerta del hotel. Como si lo hubieran llamado con un silbato, apareció un gran coche oscuro.

Subieron y se alejaron en él. El chófer, sin decir palabra, les llevó al aeropuerto deportivo. Allí, con los motores ya calientes, aguardaba una «Piper» de dos motores y gran comodidad interior.

La lujosa avioneta particular despegó con gran facilidad, y se elevó hacia el cielo.

Antonia Fuentebuena, que tenía corridas las cortinillas de su ventana, le pidió que se sentara junto a ella.

—Ahora sí podemos hablar.

—¿Veré al Venusino?

—¿Importa eso?

—¿Por qué no? A veces, el aspecto físico condiciona a las personas.

—El Venusino es el cerebro de todo este negocio.

—¿Y todos los que tienen acciones en este negocio internacional de la droga están contentos con el reparto?

Antonia Fuentebuena parecía más asequible en aquel segundo encuentro que en el primero, es como si estuviera empeñada en atraer su atención.

Jean Onyx se preguntó si aquella mujer con fuego en su cuerpo todavía hermoso sería la amante del comandante Prieto o de Walter, que le ofrecía un cuerpo físico más fuerte, más joven, aunque mirándola a los ojos, unos ojos oscuros que no se apartaban de los suyos, se dijo que quizás estaba deseando enamorarlo a él.

—Nadie se queja porque el Venusino ofrece las cuentas limpias. Sabe muy bien a cuánto cotiza cada acción y cada cual cobra en razón a las acciones que posee en propiedad.

—¿Y cómo reciben sus pagos los accionistas?

Ella sonrió, sarcástica.

—Qué pregunta más ingenua.

—¿Bancos suizos, cuentas numeradas?

—Exacto. Cada accionista tiene una cuenta cifrada. Nadie conoce nombres; no es conveniente. Hay gente muy honorable por el mundo que es accionista en negocios como este de la droga. Rinde buenos y pingües beneficios.

—¿Y todos pueden invertir?

—No. Para ser inversor en esta sociedad anónima de cultivos

tropicales...

—Muy irónico el nombrecito —rezongó Jean.

—Lo es —chupó de su cigarrillo, vació su garganta, pues no hacía entrar el humo del tabaco en sus pulmones, y luego prosiguió —: Decía que además de tener dinero suficiente para comprar acciones, hay que tener poderes o contactos importantes para conseguir que los cargamentos crucen las fronteras sin problemas.

—Comprendo. Y que tenga a gente sobornada en los puestos clave de policía e inspección.

—Sí. Las instituciones pueden estar bien, pero siempre que estén controladas por hombres es factible corromperlas, por lo menos en parte.

—Ya, la parte que da el vistazo y hace la vista gorda.

—Así es. La red está perfectamente montada.

—Con implicaciones internacionales.

—Sí, esto no es como se cuenta en las películas al uso.

—Ya. No se trata de un grupo de mafiosos que cargan un barco, un camión o una avioneta y cruzan la frontera, arriesgándose.

—No, claro que no. Hay políticos de distintos países, policías, financieros, bancos, hay de todo, absolutamente de todo. Incluso, tienen acciones algunos que pregonan que la droga es una lacra social y que debe ser combatida con dureza.

—Y después de decir eso, se van a cobrar los beneficios de las acciones que tienen sobre los cultivos de droga.

—Así es, por eso no se dan nombres de los propietarios de las acciones, no conviene a nadie.

—¿Es cierto que también es una táctica política viciar con la droga a un país determinado en un momento clave de su historia?

—Sí. Se vende la droga a bajo precio y, luego, se sube. Se crea un estado de dejadez, de desinterés por la política, de degradación y delincuencia que es lo rué interesa a ciertos personajes para conseguir sus propósitos y llevar a cabo sus ambiciones de poder. Luego, se sube el precio de la droga o se erradica de forma violenta.

—Hay mucha suciedad en todo esto.

—¿Y dónde no hay suciedad?

—Eso es cierto, pero...

—No hay «peros»; el más astuto gana siempre.

Jean Onyx se daba cuenta de que Antonia Fuentebuena le daba

conversación explicándole lo que él preguntaba porque, al mismo tiempo, era una forma de entretenerle para que no viera la ruta que tomaban; sin embargo, Jean Onyx sabía la hora, calculaba disimuladamente el tiempo y la posición del sol a través de la cortina que cubría las ventanillas.

—Hemos llegado a las plantaciones —observó Walter mirando a cierta distancia.

—¿Puedo verlas? —preguntó Jean Onyx.

—Sí, claro.

Antonia recorrió las cortinillas y Jean Onyx divisó interminables áreas de cultivo, kilómetros y kilómetros cuadrados de plantaciones cuidadosamente controladas.

—¿Todo lo que veo es droga?

—Sí, y lo que no alcanzas a ver también.

—Es asombroso —opinó Jean—. Presumía que las plantaciones eran extensas, pero esto sobrepasa lo que yo imaginaba y lo estoy viendo desde el aire, a bordo de una avioneta.

—Sí, lo difícil es encontrar buena tierra donde poder cultivar y que no venga la policía a arrasarlo todo.

—Según las leyes de este país, tendrían que arrasarse todas estas inmensas plantaciones de droga —observó Jean Onyx.

—Mientras haya un comandante Prieto, no será así —se rió Walter.

—Ya, y el comandante Prieto goza de las bendiciones de gente importante de este país y también de Norteamérica.

—Así es, ingeniero. Para hacer algo grande en este negocio, es imprescindible un hombre como el comandante Prieto.

Sarcástico, Jean comentó:

—Y muchos sometidos creerán que él defiende el orden público y la limpieza en la vida familiar y ciudadana.

—Por eso no conviene que los periodistas publiquen demasiadas cosas —dijo Antonia Fuentebuená, mirando hacia las plantaciones—. Esto produce mucho dinero, muchas divisas, muchos dividendos a los accionistas, pero no conviene que a nivel popular se sepa que existe.

—Ingeniero, ¿cree que estos cultivos pueden mejorarse?

Jean vaciló; después, dijo:

—Desde lo alto, no se puede opinar. Mis referencias eran de que

estas plantas no están sanas. Por supuesto, se pueden remodelar las plantaciones, hacerlas circulares y colocar en el eje de cada círculo un radioactivador atómico que hará que las plantas crezcan mucho más grandes y productivas. Incluso el poder de la droga aumentará.

—Antes que cambiar una sola mata de su sitio —advirtió Walter — va a tener que demostrar que es cierto lo que dice.

Una serie de canales cruzaban estratégicamente los cultivos de droga y vio una colina boscosa que era como una isla en medio de aquel mar de plantación de droga.

La colina era muy hermosa y al norte de la misma había una pista de aeródromo donde la avioneta tomó tierra.

El hangar estaba al final de la pista, casi metido en la falda de la colina, entre los primeros árboles.

Un potente automóvil en versión «ranchera» aguardaba para llevarlos a la mansión que se hallaba en lo alto de la colina, dominando las plantaciones.

Aquel otero privilegiado estaba regado en su base por diversidad de canales. Luego, unas bombas aspiraban el agua hacia lo alto y la hacían descender, regando cuanto allí estaba plantado.

Jean Onyx pudo observar que aquella colina era un maravilloso jardín, casi un paraíso donde florecían las orquídeas colgadas de espléndidos árboles y en las que libaban los pequeños colibríes.

Se podían oír las voces de distintos pájaros tropicales y pequeños monos saltaban de una rama a otra, felices por no tener depredadores en aquel lugar y de que no les faltara el alimento, ya que si el maravilloso jardín que era toda la colina no les proporcionaba el alimento que precisaban, se lo dejaban en lugares estratégicos los cuidadores que mantenían aquella paradisíaca colina, limpia de rastrojos y pequeñas alimañas.

Cuando alguna especie determinada se multiplicaba en exceso, parte de ella era capturada para mantener un equilibrio.

La pista que ascendía no era de asfalto si no de gravilla, limpia e impecable, esparcida sobre pavimento de piedras.

En torno a la casa de una sola planta y repleta de enormes cristaleras, había gran cantidad de césped. Jean Onyx comentó:

—Aquí se puede vivir muy bien. Está aislado de todo el mundo. ¿Cuál es el pueblo más próximo?

Nadie le contestó.

El potente coche se detuvo y se apearon de él.

La residencia era muy grande daba sensación de soledad. Tenía estancias muy amplias apenas con algún mueble, pero la Naturaleza, en forma de enredaderas y cactáceas, entraba en ella y parecía imposible, ya que los cristales panorámicos debían ser de una pulgada de grosor.

Allí dentro no hacía calor y se oía el rumor cantarín del agua. El arquitecto debía ser un hombre muy sabio y amante de la naturaleza.

Al fin, le entraron a una salita. Las paredes eran de un verde pálido y los muebles, sofás y butacas, blanquísimos. Allí volvió a ver al hombre uniformado de las gafas oscuras que cubrían parte de su rostro.

—¿Cómo va eso, comandante Prieto? —le saludó, entre irónico y burlón.

—Hablabamos cuando esté seguro de que puedo fiarme de usted, *monsieur*.

—Vaya, al fin habla... Así que no se fía de mí.

—No —dijo abiertamente el comandante Prieto.

—¿Qué puede temer de un ingeniero agrónomo?

—No temo nada de nadie —dijo, mordiendo las palabras—, pero tampoco me fío. Es la forma de que no le cojan a uno desprevenido.

—¿Teme que se divulgue que usted es quien custodia estas grandísimas plantaciones de droga para la exportación?

—Aquí, en Santa Andina, nadie dirá nada porque nosotros no exportamos droga si no café, cacao, bananas, azúcar, orquídeas y otros productos tropicales que se producen en nuestra tierra.

—El comandante Prieto —comenzó a decir Antonia Fuentebuena — tiene muchos problemas que resolver, muchas cosas que vigilar; y Cultivos Tropicales, S. A. es una de ellas.

—¿Y tiene a muchos hombres de uniforme vigilando las plantaciones de droga?

—Los suficientes.

—¿Y no teme que algún día le puedan reprochar que de forma personal e ilegal utiliza a la policía para proteger unas plantaciones prohibidas?

—Al comandante Prieto nadie puede pedirle cuentas; ni siquiera el presidente de la república —cortó, seco y autoritario.

—La verdad, si yo fuera el presidente de la república, no dormiría tranquilo teniéndole a usted como comandante de todas las policías del país.

—Y haría bien, porque el día que yo quiera, el presidente cae.

—¿Y pondría en su lugar a uno de esos revolucionarios que piden el final de la explotación de los campesinos y la sangría de la nación por las multinacionales?

—Jamás.

—Yo no soy de aquí, claro, pero si estuviera en el lugar de ustedes no exigiría más represión sino menos radicalismo.

Una cortina que ocultaba una de las paredes se corrió de forma automática y apareció una gran pantalla de televisión en la que, a todo color, apareció la flor de la papaverácea.

—Bonita flor, lástima que haga tanto daño.

—Está usted demasiado preocupado por la droga —comentó Prieto, que a través de sus gafas oscuras no cesaba de escrutar a Jean Onyx de forma desconfiada.

Jean se encogió de hombros.

—Soy ingeniero agrónomo y pongo mi ciencia al servicio de los cultivos, en este caso de la papaver somniferum. Si me hubiera dedicado a los plátanos, me ocuparía de ellos y no de quienes se los comen. Es una cuestión técnica, nada más. ¿Es buena la respuesta, comandante Prieto?

Desapareció la amapola del opio y en la pantalla quedó encuadrada la imagen de un hombre. Jean Onyx lo miró, escrutador. Aquel hombre tenía un rostro ancho, como aplastado y con múltiples arrugas. La boca era exageradamente grande, la nariz aplastada y los ojos pequeños y muy redondos, apenas se le veía el blanco de los mismos.

Se dijo que aquel ser no era muy normal. Por su aspecto, resultaba hasta difícil adivinar a qué raza pertenecía.

De pronto, quedó encarado con el propio Jean Onyx, como si estuviera en persona y no en imagen dentro de una pantalla de televisión.

—Supongo que estará pensando que acertaron al llamarme el Venusino.

Se rió cínicamente, como complacido de inspirar casi repugnancia. Con la cara que tenía, era difícil averiguar si la

naturaleza lo había hecho así de feo o era debido a un trágico accidente.

—Supongo que, si le llaman el Venusino será por alguna causa —replicó Jean Onyx—. Claro que también le sirve para ocultar su verdadero nombre.

—Todo es posible. Y ahora, hablemos de usted.

—¿Por qué no de persona a persona? ¿Acaso me tiene miedo?

—Tendrá que acostumbrarse a mis normas, ingeniero Onyx. Ahora explíqueme por qué tenía tanto interés en verme.

—Está bien, vayamos al grano. Ya le expliqué a doña Antonia que tengo un método para mejorar la planta de la papaver somniferum con lo que se aumenta su tamaño, su producción y su resistencia a las enfermedades.

—Todo eso es mucho prometer, ¿no cree? Nosotros también tenemos un laboratorio de técnicos agrónomos que trabajan para que los cultivos produzcan al máximo.

—Yo puedo demostrarlo con hechos. Si sus técnicos no logran mejorar los cultivos pese a la excelente tierra que hay aquí, el calor, etcétera, es problema suyo.

—Me han contado que tiene semillas mejoradas. ¿Es cierto?

—Sí.

—¿Dónde las ha obtenido?

—Eso es secreto.

—A mí no me gustan los secretos.

Mientras los demás permanecían en silencio, el Venusino y Jean Onyx hablaban sin ceder el uno con el otro.

—Yo le ofrezco mejorar su negocio, no voy a meterme en más pleitos y, si a usted le conviene, no olvide el cuento de la gallina de los huevos de oro. Cuando se mató a la gallina para encontrar la mina de oro, se acabaron los huevos.

—Una buena lección... ¿Es cierto que emplea la radiación atómica para mejorar los cultivos?

—Sí, pero son emisiones radiactivas muy pequeñas. Sus hombres, a través de sus contactos con los mafiosos de Estados Unidos, podrán conseguir los equipos que están prohibidos para los cultivos normales.

—¿Qué posibilidades hay de que contraigan cáncer los usuarios de la droga, es decir, nuestros clientes?

—Creo que la mayoría morirán antes de que atrapen el cáncer, o mejor dicho, que el cáncer los atrape a ellos. Los usuarios de la droga no se hacen viejos.

—Bien, se puede comenzar con una plantación piloto para ver los resultados. Nosotros le proporcionaremos todos los elementos necesarios para que lleve adelante su trabajo; sin embargo...

—¿Qué?

—¿Qué es lo que piensa ganar en todo esto?

—Un diez por ciento.

—¿Diez por ciento de qué?

—De los beneficios que se consigan con la diferencia de cultivo, es decir, si hasta ahora obtienen uno y con mis cultivos se consiguen dos, el diez por ciento de ese uno de diferencia me parece justo.

—Dicho así, parece muy simple y muy sencillo, poca cosa si el montante de los beneficios no subiera tanto. Si es cierto lo que dice, en un año se hace multimillonario.

—Para eso he estrujado mis sesos y me estoy jugando la piel.

—¿Cuándo podrá hacernos una demostración?

—Tendré que regresar a buscar mis semillas, mi material.

—Se lo traerán todos mis hombres, usted se quedará aquí.

—No es posible, debo recogerlo yo en persona.

—Usted les dirá lo que deben recoger y dónde. Usted no se moverá de aquí, ya se lo he dicho.

—¿Debo considerarme prisionero?

—Le daré ese diez por ciento que pide y será multimillonario muy pronto, los accionistas de Cultivos Tropicales, S. A. obtendrán más ingresos, pero aquí se acatan mis órdenes.

—No me gusta sentirme preso.

—Aquí se sentirá bien, no va a faltarle de nada. Podrá trabajar a sus anchas, espero resultados para pronto.

—¿Y si quiero ponerme en contacto con el exterior?

—Le facilitaremos los medios. Tengo un teléfono que estará a su disposición cuando lo requiera y, ahora, será mejor que entregue la pistola que lleva encima al inestimable comandante Prieto. El se la cuidará hasta que se marche de aquí.

—¿Ve a través de la pantalla? —preguntó.

El Venusino se echó a reír con una gran suficiencia.

Jean Onyx sacó de su bolsillo la pistola «Magnum» que le vendiera Salvador, el taxista. La sopesó en su mano y, luego, sin que nadie pudiera evitarlo, apuntó a la pantalla y disparó.

La detonación seca y el posterior estallido de los cristales hicieron desaparecer la imagen mientras el sonido seguía enviándoles las carcajadas del Venusino.

El comandante Prieto y Walter se pusieron en tensión rápidamente. Jean Onyx les miró a ambos, todavía con la pistola en la mano, y dijo:

—Sólo es una pantalla de televisión.

Walter y el comandante Prieto se miraron, extrañados. Jean Onyx tomó la pistola por el cañón y se la entregó al comandante Prieto que la tomó por la empuña dura.

—No vuelva a hacer una demostración de esa clase, ingeniero, puede costarle la vida.

—A mí también me gusta reír como al Venusino.

—Pues, para que sigas riendo, Kopol tiene algo para ti —rezongó Walter sardónico, dirigiéndose hacia la puerta, mientras Antonia Fuentebuena, ya más tranquilizada, permanecía en una de las blancas butacas fumando un cigarrillo en su boquilla de marfil.

—¿Algo para mí?

Walter se acercó a la puerta, la abrió e hizo una seña con los dedos dirigida a Kopol que llevaba una caja que entregó a Jean Onyx. Éste la observó con recelo.

—¿Qué hay ahí dentro?

—Abrela y lo verás —dijo Kopol, conteniendo la risa.

Jean Onyx lanzó una mirada a Antonia Fuentebuena.

La mujer se mantuvo fría, sin expresar nada. Jean Onyx rasgó el cartón y vio una bolsa de plástico transparente, pero recio.

La cogió, sacándola, y dentro descubrió una cabeza humana. Jean Onyx hubiera deseado soltarla de golpe, fue una impresión muy desagradable, pero mucho más al reconocer el rostro.

—¡El taxista!

—Eso es, *monsieur* —dijo el comandante Prieto—. Ahora ya no podrá decir nadie que le ha visto demasiado tiempo en la ciudad. Observamos que ese taxista era el mismo que le traía y llevaba siempre y en esta clase de negocios hay que cortar todos los posibles cabos. ¿No le parece, *monsieur*?

Introdujo de nuevo la cabeza en la caja para no verla y roncamente preguntó a Antonia:

—¿Tú lo sabías?

—Pareces muy afectado, Jean. ¿Qué importa una vida? Era un simple taxista y esa clase de sujetos suelen irse de la lengua. Ahora ya tenemos su silencio asegurado, nadie preguntará por ti.

—Es horrible, repugnante y criminal —escupió Jean Onyx, consciente de que ya nada podía hacer por salvar la vida del desgraciado Salvador.

—¿Se había hecho amigo suyo? —preguntó el comandante Prieto, esbozando una sádica sonrisa.

—¿Cada vez que alguien le molesta lo trata igual?

—Vete acostumbrando —le sugirió Antonia— y procura no terminar tú también de la misma forma; sería lamentable. Me caes bien, por ahora...

Jean Onyx ansió lanzar un grito y vomitar lo que sentía, pero se controló, sujetó su impulso cuando arañaba su garganta y no lo dejó saltar al aire porque detrás del grito habría ido él, lanzándose contra aquellos asesinos sin escrúpulos ni piedad.

De pronto, su rostro cambió; él también sonrió haciendo alarde de una gran sangre fría para no descubrir su juego. Tapó la caja y miró hacia la gran pantalla de televisión hecha añicos.

Ya no se oía la risa del Venusino, aquel horrible ser controlador de toda la operación de cultivo, recolección, transformación, expedición y venta de droga.

—Si estamos en el juego de la crueldad, es posible que a mí me toque tirar alguna vez y, si ese momento llega, prometo no fallar, palabra.

CAPÍTULO VIII

Cuando el doctor Ramírez llegó con su mula a Puebla Cholí, observó a los guardias rurales excitados y a los perros ladrando en todas direcciones. Se detuvo al ver al sargento y le preguntó:

—¿Sucedó algo malo esta mañana?

—Escapó el bandido y mató a un perro.

—Estaba herido, ¿no?

—Sí, pero el hijo de perra supo marcharse. A lo peor hay otros de su pandilla por los alrededores.

—Búsquenlos. No me gusta venir solo en la mula hacia acá por la selva; me expongo a que me maten.

—Daremos una batida con los perros y le encontraremos; no puede andar muy lejos.

El doctor Ramírez prosiguió su camino hasta detenerse frente a una de las casas prefabricadas ante la cual montaba guardia un centinela armado.

Entró en la casa y descubrió a Evel y a Liz que le miraban desafiantes.

—¡Márchese!

El doctor Ramírez, convencido de que se hallaba frente a unas niñas, sonrió y, después, casi paternal les dijo:

—Vengo a cuidar de vuestra mamaíta.

—¡Cerdo! —Le escupió Liz.

—¿Qué te pasa, pequeña, es que no quieres que le quite la enfermedad a tu mamá?

—Usted es parte de los raptos, déjenos marchar.

—Eso sí que no está en mi mano.

—A mi madre no le ponga más inyecciones.

—Debo cuidarla; es mi obligación.

—¿Por qué no nos dejan marchar? —insistió Liz.

—No lo sé, pequeña, yo sólo soy el doctor.

—Si le pone esas inyecciones, la justicia le pedirá cuentas de lo que hace.

—¿La justicia? —Se echó a reír, hiriente—. Aquí no hay más justicia que la del comandante Prieto, pequeñas, y él está a las órdenes de algunos compatriotas vuestros. En fin, cuando seáis mayores lo comprenderéis mejor, mucho mejor.

Avanzó hacia la habitación, pero Liz se interpuso en su camino.

—No pasará.

—¿Quieres que llame al guardia para que te sujete y pueda ponerte también una inyección? —inquirió en tono de amenaza.

—¿Sería capaz?

—Claro que sí, pequeña, claro que sí y hasta es posible que luego me lo agradecieras.

—Doctor, doctor, venga, por favor, venga...

—Sí, *mistress* Margaret, en seguida voy.

La mujer, desde su lecho, protegida por la gran mosquitera, gemía y suplicaba.

La estancia olía mal, había dejadez allí dentro y la propia *mistress* Margaret mostraba un abandono total de sí misma.

El doctor Ramírez preparó la jeringuilla, la llenó con el líquido del botellín numerado y se acercó a la cautiva, a la esposa del agregado de embajada.

—Ahora volverá a disfrutar, *mistress* Margaret.

—¿Y luego vendrá también un hombre? —preguntó, reseándose la garganta.

—No lo sé, señora, pero si usted lo pide...

Anudó la goma en el brazo de la mujer para hacer sobresalir la vena en el pliegue del codo y acercaba ya la aguja a la piel cuando se escuchó una voz desconocida, una voz de hombre que le ordenaba:

—Quieto, Ramírez.

Se volvió bruscamente, encontrándose cara a cara con el guerrillero revolucionario que le apuntaba con la metralleta. Pese a su aspecto deplorable, pues llevaba la ropa hecha jirones, le reconoció de inmediato.

—¡Juan!

—Sí, Juan, y tú, haciéndote pasar por doctor cuando sólo fuiste una rata de enfermería.

—Hago mi labor —replicó, temblándole la jeringuilla en la mano.

—Sí, rematar a los campesinos.

—¡Os matarán! —amenazó más que advirtió Ramírez con el pánico llenándole la boca, haciéndole daño.

—Si gritas, nos matarán, es cierto, y tú serás el primero en morir, el primero en tener el cuerpo lleno de plomo.

—No seréis capaces de disparar; sería vuestra perdición.

—¿Crees que nos importará morir en la situación en que nos hallamos?

—¿Qué queréis, escapar? Yo puedo ayudaros.

—Isabelita, cógela la jeringa.

—En seguida.

La joven guerrillera le quitó la jeringuilla y el falso doctor la miró con miedo.

—¿Qué vais a hacer?

—Te vamos a poner un poco de tu propia medicina.

—¡No!

—¿Prefieres morir?

Ramírez buscaba saliva en su boca, pero se le había secado de golpe. Miró con temor la jeringuilla en manos de la muchacha.

—¿Qué vais a conseguir con eso?

—Sedarte un poco, como haces tú con esa mujer.

—Es hidrocloreuro de heroína —advirtió.

—Lo suponíamos —gruñó Juan—. La has viciado y ahora esa mujer no puede pasar sin la droga a la que tú la has habituado, a la fuerza.

—Juan, hablemos un poco —pidió, nervioso—. Yo no diré nada, no diré que estáis aquí.

—¿Crees que me fío? Si salieras de la casa, una vez fuera, comenzarías a llamar a gritos al sargento de la guardia rural para que nos matase como a perros. Tú estabas como enfermero en el penal, Ramírez, te conozco bien. Eras una rata de la peor calaña. Isabelita, clávale la inyección o lo mato.

Ramírez ofreció su brazo a la joven y ésta, con la experiencia propia de quienes tienen que curarse a sí mismos y a sus

compañeros en situaciones desesperadas, colocó la inyección en el lugar justo.

—¿Y la mía, y la mía? —suplicó *mistress* Margaret.

—Aguarde, que también tendrá la suya —le dijo Isabelita.

—Bien, ya he tomado la droga. ¿Me puedo marchar? —preguntó Ramírez.

—No, aún no —denegó Juan mientras Liz y Evel cuidaban en la sala por si entraba alguien.

Isabelita rebuscó en el maletín. Descubrió una botella de agua destilada y extrajo de ella la suficiente para llenar tres cuartos de jeringa.

Rellenó el resto con droga, diluyéndola de esta forma y luego se enfrentó con *mistress* Margaret. Mirándole el brazo, dijo:

—Y tiene la vena demasiado picada, se la pondré un poco más arriba.

—Lo que quiera, pero pronto, se lo suplico.

Isabelita, con mucha picardía, pues habían estado hablando de aquel asunto antes de que llegara el falso doctor Ramírez, ya que las hijas de Hoffman les habían contado lo qué sucedía, pinchó en carne y no en vena y le puso la inyección ya ostensiblemente rebajada.

—Ya está, pronto se sentirá aliviada.

Más por efecto psíquico que por físico, *mistress* Margaret se relajó.

A Ramírez se le habían dilatado los ojos y se le había alterado la respiración.

—¿Te sientes bien, Ramírez? —rezongó el guerrillero Juan.

—No, no muy bien.

—Eso se cura pronto.

Juan hizo una seña a Isabelita, que volvió a cargar la jeringuilla. Ramírez no se resistió a un segundo pinchazo que lo sofocó.

Vaciaron el maletín de médico y luego se lo pusieron en la mano.

—Vamos, lárgate de aquí y, si abres la boca, te agujereamos a balazos desde una ventana.

—No, no diré nada —balbuceó, temblando como si estuviera ebrio.

Las dos hijas de Hoffman le condujeron a la puerta. Al verles, el

guardia rural de la puerta se intrigó. Liz le explicó:

—Se ha bebido el alcohol y no se encuentra muy bien. Ayúdele a subir a la mula.

—Sí.

El guardia ayudó al falso doctor y luego dio una palmada a la mula mientras le decía:

—Que se le pase la borrachera, doctor.

La mula se alejó, llevándose a Ramírez que había viciado a *mistress* Margaret inoculándole la droga.

—¿Qué pasará? —preguntó Liz.

—Tardará mucho en recuperarse —le contestó Juan—. Cuando llegue la noche, nosotros escaparemos.

—¿Y nosotras?

—También, si venís con nosotros —respondió Isabelita.

Juan exclamó:

—Eh, viene un *jeep*.

—Vamos a escondemos —apremió Isabelita.

Dentro del *jeep*, conducido por Walter, viajaba un hombre con la cabeza cubierta por una capucha.

El vehículo se detuvo frente al chalet prefabricado y con ventanas enrejadas. El sargento acudió allí también, pues estaba cerca.

—Buenas, Walter. ¿Traemos visita?

—Sí. ¿Cómo va todo?

—Bien, bien —contestó, sin desear mencionar la fuga del guerrillero junto al muro del cementerio donde había dejado a un perro muerto, un guerrillero que sabían peligroso y cuyo rastro no conseguían descubrir.

—Abajo, Hoffman.

Entre Kopol y Sammy bajaron al encapuchado, un hombre pequeño, torpe al caminar. Lo entraron en la casa y Liz y Evel lo miraron, asustadas.

—Al fin tenéis visita —rezongó Walter, riéndose.

Le quitaron la capucha y apareció el rostro del agregado de embajada, que aún tenía los ojos ocultos por una venda negra.

—¡Papá!

Liz fue la primera en abrazarle; luego, Evel. Dennis Hoffman, despojándose de la venda, abrazó a ambas y sollozó al verlas bien.

—¿Cómo estáis, hijas, cómo estáis?

—Papá, sácanos de aquí, sácanos —suplicó Evel.

—¿Y mamá?

—Debe estar durmiendo —le contestó Walter.

—Así debe ser —expuso el sargento desde la puerta, añadiendo —: Ya ha pasado el doctor esta mañana a visitarla.

—¿El doctor, qué le sucede? —inquirió Dennis Hoffman, sobresaltado, si es que aún podía sobresaltarse más sabiéndose él y toda su familia, compuesta por tres mujeres, en manos de aquellos canallas de corte internacional que saltaban las fronteras como si éstas no existieran para ellos, raptando, asesinando, sobornando y esparciendo el vicio de la droga asesina.

—Está en su habitación —dijo Walter.

Dennis Hoffman se apartó de sus hijas y se dirigió al dormitorio. Allí, dentro de la mosquitera, tumbada en la cama, estaba su esposa medio desnuda.

—¡Margaret!

—Dennis, Dennis... ¿Eres tú o es un sueño?

El hombre apartó de un manotazo la mosquitera y abrazó a su esposa alzándola de la cama.

—¿Qué te sucede, Margaret, qué tienes?

—Estoy bien, Dennis. Y tú, ¿cómo estás?

—Bien, bien.

—Anda, acuéstate, acuéstate a mi lado... Seremos felices, ya verás.

—Pero, Margaret, ¿qué te sucede? —inquirió perplejo, mirando hacia la puerta donde Walter, Kopol y Sammy reían burlonamente.

—Vamos, Dennis, desnúdate, desnúdate y métete en la cama conmigo, verás qué bien lo pasamos. Tú que decías que era frígida, ahora, ahora verás.

—¡Hijos de perra! —aulló, con una angustia feroz que le brotó del vientre.

Dennis Hoffman acababa de convertirse en un tornado de ira. Quiso golpearles, pero Walter lo recibió con un puñetazo en la cara que lo tumbó, haciéndole sangrar por la nariz.

—¡Papá! —gritó Liz tras ellos.

—¡Canallas! ¡La habéis drogado, la habéis drogado! —se lamentó desde el suelo, consciente de su impotencia.

—¿Sabes lo que pide tu mujer en estos momentos? —le preguntó Kopol, riéndose abiertamente.

—¡Canallas!

—Ya que tú no puedes darle lo que desea, puede hacerlo otro por ti. ¿No crees? —rezongó Sammy.

—Esto le pagaréis caro —masculló Dennis Hoffman. Era poca cosa como hombre y ya tenía la espalda marcada por los correazos del maligno Kopol, pero no era ningún cobarde.

—Sammy, dale a esa tipa lo que desea.

Sammy se quitó los pantalones y la mujer, víctima de la droga, no lo miró con rechazo.

—¡Nooooo!

Kopol saltó sobre Dennis Hoffman, rodeándole el cuello con la correa trenzada con piel de serpiente y causándole un principio de estrangulamiento que le mantuvo sujeto durante algunos minutos.

Dennis Hoffman, con los ojos enrojecidos, tuvo que presenciar lo que ocurría entre su mujer y Sammy. Al fin, lo soltaron y lo dejaron caer al suelo.

Liz y Evel, sentadas en sendas butacas, como obsesionadas, suponían lo ocurrido.

Al fin, Dennis Hoffman fue llevado a empujones frente a sus hijas, que no se atrevían a moverse. Les habían dicho que matarían a su padre si ellas les provocaban problemas.

Dennis Hoffman, con el rostro ensangrentado, la marca de la correa trenzada en el cuello y hundido por lo que había tenido que presenciar, no culpaba en absoluto a su esposa, víctima de la droga que le fuera aplicada diariamente por un falso médico que obedecía órdenes de aquellos mafiosos internacionales.

—¿Cómo estás ahora, Hoffman? —le preguntó Walter.

Hoffman se balanceó; estaba derrotado.

Kopol le dio un puntapié que le hizo caer de nuevo. Dennis Hoffman, sin gafas, tampoco veía bien y en su mente, como entre velos, continuaba viendo a su mujer jadear entre los brazos de Sammy.

Liz y Evel se echaron a llorar.

—Eh, Hoffman, ¿me oyes?

A la pregunta de Walter, el agregado de embajada asintió con la cabeza, pero seguía arrodillado sobre el suelo de madera.

—Tu mujer puede seguir viviendo. ¿Es lo que deseas?

—Sí, sí.

—Muy bien. A tus hijas todavía no les ha ocurrido nada. ¿Te imaginas que recibieran un picotazo diario de heroína?

—¡No, no, ellas no!

—Pues, muy bien. Hoffman, eso está en tus manos el evitarlo —le dijo Walter.

—Sólo queremos saber dónde has dejado la carta —dijo Kopol.

—¿Qué carta? No sé de qué me hablan.

—Tú habrás tomado precauciones por si revientas. ¿No es eso?

—Sí, claro.

—Pues eso es lo que queremos saber. Nos dirás qué método has empleado para denunciar lo que sabes en caso de morirte: una carta, una cinta magnetofónica, un aviso a algún amigo, lo que sea.

—No lo diré.

—¿Ah, no? ¿Piensas que es tu salvoconducto, tu seguro de vida?

—¡Sí! Si lo digo, me mataréis después.

—Te dejaremos vivir —prometió Walter.

—No lo creo —rechazó Hoffman, valientemente.

—Míralo de otra forma, estúpido. Si no lo dices, empezaremos con tus hijas. Son muy jóvenes, pero ya bonitas, va a ser una pena.

—¡No las tocaréis!

Se rieron todos de él, todos menos Liz y Evel que, atrapadas por el miedo, sollozaban sin saber qué hacer, viendo a su padre golpeado, maltratado y extorsionado.

—¿Por cuál quieres que comencemos, por la más pequeña o por la mayor?

—¡Iros al infierno! Si las tocáis, me suicido y...

Kopol, irónico, le preguntó:

—¿Cómo te vas a suicidar?

—Aunque me tenga que aguantar la respiración y me asfixie, no lo sé, pero mi denuncia se pondrá en marcha.

Sammy le asestó una patada en el costado y, tras derribarlo, sugirió:

—Podemos ablandarlo como la otra vez.

—No —dijo Walter—. Aguantó bien los latigazos, será mejor comenzar con sus hijas.

—Si las tocáis, yo no abro la boca y estáis perdidos —amenazó,

con la voz destrozada por el dolor.

—Bien, te dejamos aquí para que medites. Te quedarás con tus mujeres, pero volveremos. Si intentas escapar, las matarás a ellas porque comprenderás que, si tú mueres, ellas no tienen por qué regresar vivas.

Sammy añadió:

—Nos divertiremos mucho con ellas y, luego, ya les buscaremos una muerte desagradable. ¿Te imaginas dejarlas en la selva con los pies y las manos metidos en un bloque de cemento, cómo se las van a comer los insectos? Terrible, terrible...

—Vámonos.

Cuando los asesinos abandonaron la casa vigilada por el guardia rural, las dos hijas se abalanzaron hacia Hoffman para abrazarle, ayudarle, darle ánimos; sin embargo, se daban cuenta de la situación en que se hallaban.

En aquel lugar perdido del mundo, estaban a merced de aquellos indeseables tras los cuales había muchos sepulcros blanqueados con sus millones y su aspecto paternal y hasta con devoción religiosa, imagen que ofrecían a la gente que deseaba ser engañada.

CAPÍTULO IX

Jean Onyx conducía despacio el *jeep* que habían puesto a su disposición.

Lo hacía rodar por los estrechos senderos que separaban las parcelas de cultivo, repletas de amapolas blancas. Todo era opio, del cual se extraería la morfina que a su vez sería transformada en hidrocloreuro de heroína, la gran droga excitante y asesina que creaba cuatro veces más vicio de adicción que la mismísima morfina.

Resultaba mucho más cómodo transformar allí mismo la producción en heroína y trasladarla luego a los puntos de consumo en las grandes ciudades que llevarse el opio, que abultaba mucho.

También era una forma de obtener mayores beneficios, pues los desechos de las plantas se aprovechaban para cigarrillos y pastillas de ínfima calidad que eran vendidas a revendedores que las distribuían por los barrios portuarios. Donde no se podía pagar mucho, escoria de droga.

Sentada a su lado, Antonia Fuentebuena comentó:

—Es inmenso, ¿verdad?

—Sí. Había oído hablar de grandes plantaciones de droga, pero no suponía que aquí hubiera una de tanta extensión. No obstante, en Indochina las hay más grandes.

—En Indochina tienen muchos problemas, aquí todo funciona bien.

—Porque os protege el comandante Prieto —dijo Jean con su inconfundible acento francés.

—Sí, ésa es la base, tener de nuestro lado al jefe de la guardia nacional o al comandante general del ejército.

—Lo malo para vosotros es que si desaparece el comandante Prieto puede venir otro hombre a controlar la guardia, que

disciplinada, y rechazar todo este negocio.

—No hay cuidado. El comandante Prieto sabe que así contenta a unos cuantos poderosos que reciben muchos beneficios de estos cultivos y también a los norteamericanos que son los que nos apoyan. Hay una trama muy enredada.

—Ya. Supongo que los mafiosos de Norteamérica se las apañan hasta para que el Pentágono venda material militar al ejército de Santa Andina.

—No puedo hablar sobre eso, no estoy metida tan hondo.

—Yo te hago un favor, tú me haces otro, se mueve dinero, material militar, apoyos políticos... Todo huele mal y está tan podrido como estos campos de cultivo.

—Hablas de la droga como si te repugnara.

—No me gusta, simplemente.

—Entonces, ¿por qué la mejoras?

—Es mi profesión; no puedo remediar ser un perfeccionista. Oye, y al final de los campos de cultivos, ¿qué hay?

—La selva.

—¿Y los campesinos que trabajan aquí no pueden huir?

—No, no pueden; la selva es espesa. Además, hay un cinturón de vigilancia que evita que nadie escape de aquí y a la vez impide que nadie se acerque.

—Entonces, esos campesinos son como esclavos.

—Bueno, si quieres llamarlos así... Hemos pensado hasta en traer negros africanos, pero no de los revolucionarios si no de los analfabetos, los que todavía están vírgenes...

—No os detenéis ante nada, ¿eh?

—Me parece que tienes demasiados escrúpulos; es posible que en el fondo no sirvas para este negocio.

—Cuando reciba mis millones —rezongó, cínicamente—, ahogaré con oro mis escrúpulos.

Antonia le miró de reojo y después indicó:

—Cuando llegues a la banderola señalizadora, tuerce a la derecha.

Circularon entre los campos de adormideras y, a lo lejos, divisaron un grupo de árboles. Jean preguntó:

—¿Qué hay ahí?

—Ya lo verás.

El *jeep* avanzó por el estrecho camino para vehículos todo terreno que evidentemente pasaban por allí, pues las ruedas quedaban bien impresas en la tierra rica y apta para cultivar cualquier clase de fruto tropical.

—¿Ves ahora como un hueco entre aquellas plataneras?

—Sí, ¿qué es?

—Una entrada que no se ve desde el aire. Desciende por ella.

Efectivamente, disimulada allí, había una rampa que se introducía en un subterráneo.

Encontraron a un guardia rural armado con metralleta que les saludó.

—¿Qué hay aquí abajo? —preguntó Jean, intrigado.

—Ya lo verás.

Detuvo el *jeep* y se apearon. Olía a opio. Allí había un laboratorio y una pequeña industria camuflada con sus autoclaves de acero inoxidable y grandes matraces de cristal con una capacidad de cinco galones.

—¿Aquí es donde se transforma?

—Sí, aquí se procesa la planta que se recoge, las hojas, los tallos y especialmente las flores. Se extraen los alcaloides, la morfina, la codeína y luego se elabora la heroína. Los desechos son para vender a distribuidores baratos.

—Todo se aprovecha, como en la matanza de los puercos.

—Así es, todo vale mucho dinero. Cualquier brizna, en alguna parte del mundo hay alguien dispuesto a comprarla. Salen muchas clases de productos desde aquí.

—Se cargan luego en el aeródromo particular del Venusino en una avioneta y se llevan adonde haga falta.

—Exacto.

—Un negocio perfectamente montado.

—Sí, es perfecto.

—¿Y el personal cualificado para la elaboración y transformación de la adormidera?

—Es traído aquí cuando ya está recogida toda la planta. Transforman el producto y luego son llevados de nuevo a sus lugares de origen. Los hay franceses, indochinos, también americanos. Se les paga muy bien por su trabajo y están deseando venir.

—¿Y por qué no están trabajando durante todo el año?

—Hay trabajo para todo el año, pero preferimos contratar a más personal y que esté menos tiempo. De esta forma, no se sienten atrapados, trabajan un par de meses, cobran y se van. Para todos es mucho mejor este sistema porque ellos también quieren hacer su vida, divertirse y gastar lo que aquí ganan, que es más de lo que cobrarían en otra parte.

—Comprendo. ¿Y todo esto funciona así desde que está el comandante Prieto al mando del poder policial de Santa Andina?

—Sí, y lo estará por muchos años.

—¿Y si cae?

—El Venusino ya le buscará un sustituto adecuado.

—De modo que vosotros, los cultivadores de droga, sois los que imponéis la ley en Santa Andina.

—Más o menos.

—¿No teméis que el pueblo de Santa Andina se rebele contra este estado de cosas?

—Bah, el pueblo es dominable con un poco de palo y luego palabras paternales.

—Sí, siempre se puede decir que los comunistas tienen la culpa del malestar del pueblo y que los periodistas de denuncia sólo buscan el escándalo.

Antonia Fuentebuena se rió, sarcástica.

—El Venusino sabe hacerlo todo muy bien —opinó Jean.

—Sí, es un genio. Anda, ven.

Le llevó frente a la puerta de una cámara acorazada.

—¿Está la droga dentro?

—La que todavía no se ha expedido. En realidad, es un frigorífico que conserva la droga a la temperatura óptima para evitar su deterioro.

—¿Y es muy grande?

—Sí.

Abrió una puertecilla metálica y apareció un teclado. Pulsó varios números del mismo y, mirando a Jean Onyx con una sonrisa de suficiencia, explicó:

—Aunque otro tocara los botones, no funcionaría.

—¿Dactilografía electrónica?

—Algo de eso. Sólo pueden abrir esta puerta contadísimas

personas; hay una minicomputadora que la regula.

Se acercó a la rueda que estaba en el centro de la puerta y la hizo girar en contra de la dirección de las agujas del reloj. La puerta cedió hacia afuera.

El interior de aquel frigorífico o cámara acorazada se iluminó automáticamente. Era más grande de lo que cabía imaginar; había estantes metálicos a derecha e izquierda, llenos de frascos con droga de color blanco.

—¿Qué te parece?

—Aquí hay una fortuna.

—Sólo es un cuarto de lo que se produjo el año pasado.

—¿Tenéis excedentes?

—No hay preocupación, controlamos todo el mercado. Cuando nos interese, bajaremos los precios para arruinar a la competencia y cuando estemos solos, los subiremos hasta donde sea preciso.

Jean Onyx tomó uno de los frascos, lo abrió y con la yema del dedo tomó una ligerísima cantidad que probó con la punta de la lengua.

—¿Te parece buena? —preguntó Antonia.

—Sí, apta para veinte cortes, pero aún puede mejorarse.

—¿Con tu sistema?

—Sí, mi sistema puede mejorarla mucho y, además, aumentar la cantidad. Estáis orgullosos de vuestra producción; no obstante, no tenéis un cultivo de primera aunque sí masivo.

—Bueno, veo que sí eres un perfeccionista.

Antonia metió también un dedo, sacó una punta de droga y se la puso en la boca para tomársela y no simplemente probarla.

—¿Quieres drogarte?

—Lo mejor es meterla en sangre, pero yo me acostumbré a este sistema. No es el mejor, pero a mí me va bien.

Salieron de la cámara que contenía droga en espera de ser vendida. Antonia la cerró y el hombre preguntó:

—¿Voy a trabajar aquí?

—Sí.

—¿Me traerán mi material?

—Sí.

—¿Y personal auxiliar?

—También. Harás una lista y tendrás lo que necesites, pero si

fracasas, me temo que no saldrás vivo de aquí.

—No puedo fracasar porque ya he probado mi sistema; sólo se trata de adaptarlo a este microclima, al tipo de aguas, a la clase de tierra que tenéis aquí y a los abonos a utilizar para suplir deficiencias minerales.

—Estoy segura de que, como perfeccionista que eres, lo mejorarás todo.

—Eso espero, pero no es labor de un día. La planta hay que sembrarla, cuidarla y esperar los resultados.

Antonia le precedió hacia el interior del subterráneo y Jean descubrió unas habitaciones muy pequeñas; eran como camarotes de barco con agujeros de ventilación, sin ventanas.

—Pasa.

—Aquí dentro sólo hay una cama, una silla y una mesita.

—¿No dijiste que querías acostarte conmigo?

—Sí, y recibí un tortazo.

—Había que frenarte.

—¿Y ahora vas a ponerme en marcha?

Ella le enlazó el cuello con sus brazos y descargó con suavidad su cuerpo contra el de él, oprimiendo sus pechos contra el tórax masculino. Acercando sus labios a la boca de Jean, susurró:

—Demuéstrame que eres un perfeccionista en todo.

—Sí, deseo ser un perfeccionista en todo, pero ahora tú no eres la misma; la droga puede comenzar a hacerte efecto.

—La droga me estimula.

—¿Eres frígida de tu natural?

—Quizás un poco, por una educación represiva.

—¿El comandante Prieto te ha descubierto los placeres del sexo?

—Nos hemos amado, no tengo por qué ocultártelo, pero ahora me gustas tú. Yo no soy la esclava del comandante Prieto.

—Dímelo con claridad, con mucha claridad.

—¿El qué?

Señaló la pequeña cama de menos de un metro de ancha.

—Que quieres acostarte conmigo para satisfacer tu deseo sexual.

—Sí, sí, lo deseo. ¿Quieres que me arrodille, que te bese los pies?

—¿Lo harías?

—Cuando me siento como ahora, ya no tengo orgullo. Te deseo,

te deseo —le dijo clara y abiertamente, sin ambages, sin timideces ni pudores.

—Si me deseas, desnúdate.

Ella esbozó una media sonrisa. Se apartó de él y se desnudó despacio. No había música, no era un *strip-tease* al uso, pero Antonia tenía una sensualidad innata en su cuerpo que ya no era todo lo joven que ella pudiera desear; pero se conservaba muy hermoso.

Cuando estuvo desnuda, giró sobre sus pies para que pudiera verla al completo y preguntó:

—¿Está bien así? Ten por seguro que te satisfaré.

De pronto, Jean Onyx le soltó una sonora y dura bofetada que envió contra la pared a la sorprendida Antonia Fuentebuena que se llevó las manos al rostro.

—Tú me diste la bofetada a mí, ahora te ha tocado la devolución.

—¡Cabrito!

Antonia saltó sobre Jean como una pantera. Se abrazó a él y buscó su boca con una furia más propia de una fiera. Jean Onyx sintió que ella le mordía, pero era una mordida de deseo feroz, que el hombre supo complacer.

CAPÍTULO X

—Es pequeño, pero tiene agallas, gringo.

Dennis Hoffman miró al hombre de rostro tostado por el sol que tenía delante, un hombre que mostraba sobre su piel los arañazos de la tortura, de la persecución, las huellas del dolor, como él mismo.

—¿Quién eres?

—Alguien que detesta todo esto lo mismo que usted.

—Papá, es un revolucionario que está en contra de lo que se hace aquí —le aclaró Liz.

—Entonces, está perdido; le matarán.

—Es posible, gringo, pero habrá otros detrás que lucharán por lo mismo; aquí le presento a mi compañera Isabelita.

—Pero ¿cómo, cómo estáis aquí dentro? —preguntó Hoffman, asustado.

—Esperamos que llegue la noche para huir.

—Hay un guardia en la puerta.

—Ya nos encargaremos de él —respondió Juan.

—No llegaremos lejos.

—¿Usted que ha aguantado tanto se va a arrugar ahora? —se asombró Isabelita, poniendo su mano sobre el hombro de Liz.

—Papá, ellos tienen razón —dijo Liz, vehemente—. Vale más morir que quedarse aquí.

—¿Y en qué dirección vamos a huir? —preguntó Hoffman sin el menor entusiasmo.

—Hacia la selva. ¿Sabe usted que esto está lleno de plantaciones de droga que luego va a su país y a otros lugares del planeta? —preguntó Juan mordiendo las palabras.

—Sí, sí lo sé, por eso lo quiero denunciar; pero no viviremos

para contarlo.

—Viviremos. Lo importante es huir y llegar a la selva. Después encontraremos a los revolucionarios que desean quitar del poder al comandante Prieto. Queremos un país libre, con elecciones libres y que mande el que sea, pero libres, y ustedes los gringos tienen mucha culpa de lo que es hoy nuestro país.

—Sí, pero no todos nosotros.

—Santa Andina puede ser un país rico gracias a sus productos agrícolas tropicales.

—Pero acaparan la tierra para producir droga que es más rentable y eso está prohibido hasta por las Naciones Unidas.

—Exactamente. Hay un departamento de las Naciones Unidas que se encarga de descubrir cosas como las que están ocurriendo aquí y castiga al gobierno que protege estos cultivos.

—Que se desenmascare de una condenada vez a los que nos explotan y nos venden.

—Si logramos escapar, te prometo que yo mismo, a través de mis superiores, denunciaré esto a las Naciones Unidas.

—No me fío de sus superiores.

—Todos no somos igual, Juan. Yo soy norteamericano y me estoy jugando la piel para que toco esto no suceda.

—Pero ¿por qué se la ha jugado?

—Porque en mi embajada hay un hombre que está metido en esto hasta el cuello. Yo también tengo que denunciar a mi compatriota, pero serán las leyes de mi país las que le juzguen, y no las vuestras.

—Sí, nosotros, algún día, también nos encargaremos de juzgar al comandante Prieto, a Antonia Fuentebuena y a un extranjero que nadie sabe de dónde es y al que apodan el Venusino.

—¿Quién es el Venusino en realidad? —quiso saber Hoffman.

—Llegó un día a nuestro país, se habla de él, pero nadie le ha visto.

—Sea quien sea, le daremos su merecido —aseguró Isabelita, rabiosa.

—Me temo que estamos hablando de utopías; jamás conseguiremos llegar hasta ellos.

—Lo primero que hay que hacer es escapar de aquí —dijo Isabelita.

—¿Cuándo intentaremos la fuga? —preguntó Dennis Hoffman.

—Por la noche —le respondieron.

—Papá, todo esto lo olvidaremos; será como una pesadilla.

—Liz, Evel... —Abrazó a las dos muchachas—. No sé si tu madre podrá olvidar lo ocurrido aquí.

—En su país hay buenos médicos, pueden desintoxicarla —le dijo Isabelita—. Lo han hecho para que no molestará.

—Y para darme una lección a mí —miró a sus hijas—. ¿De verdad que a vosotras no, no...?

—No, papá, no nos han drogado, pero teníamos mucho miedo de que lo hicieran.

—Bien. Ayudad a vuestra madre, lavadla cuanto podáis, peinarla y vestirla y no le digáis nada, ni en bien ni en mal. Dadle mucho cariño, va a hacerle falta.

—Por la noche estará bien —opinó Juan.

Isabelita completó:

—Algo fatigada.

—Vamos, Liz, Evel, id con vuestra madre.

Las dos muchachas asintieron.

—Créame, es preferible morir huyendo que permanecer aquí —le dijo Juan.

—Si supiera las torturas y los crímenes que llevan a cabo... Muchachas asesinadas después de ser torturadas...

Juan explicó:

—Matan de la forma más despiadada para asustar a los que desean rebelarse. Usted y sus hijas no iban a ser una excepción.

—Lo sé —asintió Hoffman—. Ellos quieren mi silencio completo y saben que sólo lo tendrán cuando yo muera, pero antes quieren asegurarse de que no he dejado ningún mensaje.

—Sí, ya lo hemos oído mientras permanecíamos escondidos, pero si lo explica, morirá usted y ellas también.

—Sí, y si me niego a hablar, las torturarán a ellas hasta que yo hable, no sé lo que es peor.

—Lo mejor es morir luchando —insistió Isabelita.

—Bien, pero ¿qué posibilidades tenemos de llegar vivos a la capital federal? Yo no sé dónde estoy, me han traído con los ojos vendados y dentro de una avioneta.

—Si lo intentamos, podemos llegar —dijo Isabelita.

—El tiempo que nos cueste depende de los medios utilizados — opinó Juan.

—¿Se puede ir en *jeep* por la selva?

—Sí.

Isabelita explicó:

—Todo el pueblo se levantará contra los opresores que han prostituido nuestro país. Sabemos que gran parte del ejército también quiere rebelarse y no toda la policía y la guardia rural está con el comandante Prieto, pero éste tiene una policía política que mete el miedo en el cuerpo de todos.

—El presidente sólo es un títere que, cuando vea venir el nubarrón de la libertad, tomará el primer avión que salga de Santa Andina y se marchará aunque no sepa adónde.

—Me gustaría creer todo lo que decís, pero lo veo muy negro... —dijo Hoffman, muy fatigado.

—Hay miedo, es cierto, pero la libertad triunfará —dijo Isabelita, convencida—. No se asesinarán más inocentes en Santa Andina, no se explotará a los campesinos y ya no se cultivará más droga para viciar al resto del mundo, que no es nuestro enemigo aunque no nos tienda la mano.

—No discutamos de política —atajó Hoffman—. Para mí, lo que importa ahora es escapar de aquí y denunciar lo que ocurre.

—Ahora, descanse.

Dejaron pasar las horas. Recibieron la comida que les trajeron los guardias rurales y, ya a solas, se la repartieron, evitando en todo momento que Isabelita y Juan fueran descubiertos; pero, de lo que se dieron cuenta al abrir la puerta es de que habían puesto dos guardias en lugar de uno.

La llegada de la noche se les antojó eterna.

Dennis Hoffman pidió a sus hijas que le dejaran sólo en la habitación con su esposa. Cerró la puerta.

Margaret estaba en la cama, ya vestida. Miraba fijamente a su esposo y su rostro no reflejaba nada, parecía ausente.

Dennis Hoffman se acercó lentamente a ella, se sentó en el borde de la cama, le tomó las manos y las besó con ternura.

—Margaret, te quiero. Haya pasado lo que haya pasado, te ayudaré.

—¡Dennis! —Se abrazó a él, estallando en súbitos sollozos.

Los guardias habían cerrado la puerta por fuera; Juan e Isabelita ya contaban con ello.

—Llama tú —siseó Isabelita a Evel.

—¿Y qué digo?

—Que tu padre se muere.

—Bueno —se acercó a la puerta y gimiendo suplicó—: Por favor, por favor...

—¿Qué pasa? —inquirió uno de los vigilantes.

—Papá, papá se muere...

El guardián, entendiendo apenas el mal castellano que hablaba Evel, franqueó la puerta, seguro de poder controlar la situación, ya que estaba armado. Pero nada más asomarse, el cañón de una metralleta se apoyó contra su cuerpo.

—Si dices algo, te lleno de plomo.

El guardia rural soltó la metralleta. Juan lo empujó hacia afuera; todo fue, muy rápido y encañonó al otro vigilante.

—¡Quieto!

Isabelita saltó como una pantera y se apoderó de la metralleta. Le quitaron al otro guardia el fusil americano que llevaba y se lo entregaron a Hoffman.

—Sabrá cómo funciona esto, ¿verdad?

—Sí, claro, hice las prácticas militares con él.

—Vosotros dos, adentro.

—¡No, nos matéis! —suplicó uno de los vigilantes.

El otro dijo:

—Sólo obedecemos órdenes, no nos disparéis.

—Merecéis que os matemos aquí mismo —gruñó Juan—, pero no es nuestro propósito manchar esta tierra con más sangre.

Los metieron en la casa. Los desarmaron completamente y los ataron como pudieron, amordazándolos.

—Si gritáis, vengo aquí y os regalo una de vuestras granadas —amenazó Juan, mostrándosela.

Los dos guardias rurales, sorprendidos, sabían muy bien que aquel hombre no hablaba en vano, que haría lo que prometía.

El comandante Prieto, pese a su despiadada represión, no había conseguido hacerlos desaparecer sino que se habían multiplicado y el pueblo estaba en ellos, cansados de los tiranos que no buscaban el bien de la nación si no simplemente el lucro personal.

—Vamos —pidió Juan, y salieron de la casa.

—¡Si pudiéramos coger el *jeep*! —se lamentó Isabelita.

—Sería llamar la atención —contestó Juan—. Ahora, sigilosamente, podemos lograr unas horas de ventaja.

—¿Cómo te encuentras, Margaret? —preguntó Hoffman a su esposa, solícito.

—Bien, bien, rara, pero bien. Andaré, Dennis, andaré...

El pequeño grupo fugitivo se adentró en la selva huyendo de Puebla Cholí. Los perros, como si olfatearan la fuga, ladraron amenazadores.

CAPÍTULO XI

Jean Onyx disponía de un *jeep*, pero con chófer, aunque la propia Antonia Fuentebuena se había prestado a acompañarle, lo que no había complacido demasiado al comandante Prieto.

—¿Cuándo traerán mi material? —preguntó Jean a Antonia.

—En su momento. Hay orden de que lo recojan de la agencia de transportes; no temas, nada se perderá.

—Eso espero.

Amanecía. Jean Onyx llevaba los faros apagados.

La salida del sol, en aquellos campos clandestinos de adormidera, resultaba magnífica.

—En la mansión del Venusino hay piscina; tiene de todo. Hoy puedes descansar lo que quieras, creo que te lo has ganado —le dijo Antonia, mimosa y sonriente.

—Antonia, yo no te amo.

—Nadie lo diría después de lo que me has hecho.

—Eso es puro sexo y yo no soy de piedra, pero jamás amaría a una mujer como tú.

Antonia se molestó. Procuró no demostrarlo, pero su voz se afectó al preguntar:

—¿Por qué?

—No eres mi tipo.

—¿Cuál es tu tipo?

—Creo que ni yo mismo lo sé; será la mujer que me haga sentir algo especial.

—¿No te lo he hecho sentir yo?

—No en la forma que deseo.

—¿Cuál es esa forma? —insistió.

—No hagas más preguntas, Antonia. Lo que ha ocurrido entre

los dos es puro sexo, nada más.

—Comprendo. Como si te hubieras acostado con una furcia —silabeó irritada, a punto de estallar.

Jean Onyx accionó la llave del contacto y el motor runruneó. El vehículo avanzó.

—Quiero ver los límites de la plantación con la selva. Por cierto, ¿dónde viven los campesinos?

—No te lo voy a decir. Además, cuando yo pregunto, exijo que se me responda.

—¿Y qué quieres que te conteste?

—¿Me has hecho el amor como a una zorra?

—No puedo decírtelo porque jamás he pagado por hacer el amor.

—Muy listo... Te crees muy guapo y muy macho, ¿verdad?

—¿Y tú qué crees?

—Que eres un, un...

—Suéltalo ya, mujer. Por cierto, no me gusta que la mujer se drogue.

—Eres demasiado puritano para estar en este negocio.

—Es posible.

Como que Antonia no le decía nada, Jean avanzó en dirección contraria al otero con el magnífico jardín que rodeaba la mansión del Venusino.

Los ojos de Antonia chispeaban de rabia; pese a haber conseguido complacer sus deseos, se sentía humillada.

El *jeep* rodaba como si su destino fuera el sol naciente que asomaba por encima de la selva que bordeaba las fértiles plantaciones del opio.

De súbito, escucharon detonaciones.

—¿Qué es eso? —inquirió Jean.

—No lo sé, pero es mejor que regresemos.

—Yo quiero verlo.

—¡Regresemos!

—No.

La mujer se inclinó hacia atrás para tomar una metralleta que había en el *jeep*. Descubriéndola de reojo, Jean le dio un golpe en la mano.

Detuvo el vehículo y la apeó a la fuerza, con gran sorpresa por

parte de la mujer.

—Cuando vuelva te recojo.

—¡Canalla! —gritó, quedándose sola.

Jean Onyx rodó hacia donde oía los disparos y también ladridos lejanos de perros.

Llegó al borde de la selva, paró el *jeep*, tomó la metralleta y saltó al suelo.

Se internó entre la espesura donde se oían las detonaciones.

—¡Cuidado, hay un hombre atrás! —gritó una voz femenina.

—No temas —dijo Jean acercándose a Liz—. Soy amigo.

—¿Eres francés?

—¿Tú eres Liz Hoffman?

—Sí —asintió, perpleja—. ¿Cómo lo sabe?

—Vi una fotografía tuya. ¿Dónde está tu padre?

—¡Papá!

—¡Liz!

—¡Hoffman, venga corriendo, soy el galo!

—¿El Galo? ¡Vamos todos con él!

Disparando para alejar a sus perseguidores, las cuatro mujeres y los dos hombres salieron de la espesura cuando ya se creían perdidos después de huir durante toda la noche, cuando ya a sus espaldas terminaba la selva y aparecían las plantaciones de droga que no les permitían esconderse.

—¡Al *jeep*! —gritó Jean, poniéndose al volante.

—¿Es amigo? —preguntó Juan a Hoffman.

—Sí, es de las Naciones Unidas, de la Comisión de Drogas Narcóticas, vinculado al Consejo Económico y Social.

—Diablos, no sabía que la ONU se interesara por nosotros —rezongó Juan.

Jean Onyx puso *el jeep* en marcha, escapando así de los guardias que iban a pie por la selva, y explicó:

—Estoy aquí gracias a la denuncia de Hoffman. Ahora ya he podido constatar que es cierto todo lo que denunció sobre las plantaciones de droga en Santa Andina, protegidas por el comandante Prieto, que representa a la ley. Había que comprobarlo, yo sólo soy un observador de las Naciones Unidas, secreto, pero un observador. Puedo disparar en estricta defensa propia, nada más, y he venido para dar informes de lo que he visto por mí mismo.

—Pues, sáquenlos de aquí; ya dispararemos nosotros —gruñó Juan.

—La única forma de salir vivos de aquí es con una avioneta.

—¡Eh, allí hay una mujer! —señaló Isabelita.

—Es Antonia Fuentebuena.

—¡Maldita perra, la voy a matar yo misma!

—No —le cortó Jean, desviándole el arma—. Derribad al comandante Prieto, imponed la ley, arrestadla y juzgadla; matar sin juicio, no.

—Ellos nos están matando a nosotros como a perros —protestó Isabelita mientras el *jeep* pasaba junto a Antonia Fuentebuena que, perpleja, quedó quieta viéndoles alejarse.

—¿No los acusáis de asesinos? Pues no os pongáis a su altura.

Nadie dijo nada; cada uno tenía en sus carnes la marca de la tortura. No podrían olvidar jamás lo sufrido, pero Liz Hoffman miró con admiración al hombre que les estaba ayudando a escapar. Era honesto y exigía la reimplantación de la ley, no la sangre por la sangre.

No obstante, Jean Onyx sabía muy bien que habría confrontaciones y que entonces los tiroteos serían inevitables, pero otra cosa era ametrallar a alguien desarmado como habían hecho innumerables veces los hombres del comandante Prieto.

—¿La avioneta está aquí? —preguntó Hoffman.

—Sí, pero antes no estaría de más que subiéramos a la casa. De lo contrario, nos dispararán antes de que hayamos conseguido emprender el vuelo.

Se introdujo por el camino que ascendía hacia la mansión del Venusino; la gravilla crujió bajo los neumáticos del *jeep*.

—Saltad rápido, es posible que hayan avisado por radio de que os he recogido en el *jeep* —les dijo Jean Onyx.

Armados, Isabelita, Juan y Hoffman saltaron del vehículo. Jean Onyx se volvió hacia las tres mujeres de la familia Hoffman y les pidió:

—No se muevan de aquí; tengo que ver a alguien.

Se internaron en la mansión, corriendo de un lado a otro. De pronto, ante ellos aparecieron Walter, Kopol, Sammy y otro matón. Se quedaron frente a frente, mirándose. Walter no daba crédito a lo que veía.

—Arrojad las armas —ordenó de pronto Walter.

Isabelita apretó el gatillo y los primeros plomos fueron para Walter.

Kopol sacó su pistola mientras corría, pero fue alcanzado por las balas de Juan. Sammy y el otro cayeron ametrallados por Dennis Hoffman que luego respiró hondo, como si acabara de vengar su honor mancillado.

—Vamos, los disparos habrán causado la alarma —apremió Jean.

Corrieron por el interior de la mansión hasta que se encontraron con una sólida puerta. Jean Onyx no dudó en disparar contra ella, lo que ayudó a abrirla.

Descubrieron una estancia amplia y con plantas, apenas sin muebles.

En su centro había un sillón-camilla articulado y con ruedas. Encajado en él había un ser que movía aquel sillón-camilla rodante mediante un cuadro de mandos que tenía al alcance de su mano. Le bastaba oprimir unos botones para que lo que parecía una cama se convirtiera en una silla rodante.

—¡El Venusino! —exclamó Jean.

—Tenía la intuición de que todo era mentira, de que tu sistema para mejorar las plantas de la droga era falso, de que sólo venías buscando el medio de matarme.

—No he venido a matarle. Soy un observador de la ONU, de la Comisión de Drogas Narcóticas y la denuncia que se recibió sobre lo que ocurre en Santa Andina, es cierta. Esto se hará público y si este país no arrasa todas estas plantaciones ilegales, las Naciones Unidas impondrán las sanciones oportunas.

—Pero ¿es que pensáis que podréis salir vivos de aquí? —rezongó el Venusino. La risa ponía muecas horribles en su extraño rostro.

Tocó un botón y se sentó. Estaba inválido, era evidente. El cuerpo de aquel ser ya estaba muerto, sólo mantenía el funcionamiento de su cerebro para seguir controlando la droga.

—Se vendrá con nosotros —le dijo Jean—; nos servirá de garantía.

En cuatro zancadas, Jean se acercó a él cuando advirtió que el Venusino pulsaba un botoncito rojo.

Desde cuatro puntos distintos de la butaca-camilla, totalmente articulada, con motor y energía propia, brotaron ráfagas de balas; pero ya Jean Onyx la había empujado, cambiándola de dirección y los proyectiles se estrellaron contra unas cristalerías que se hicieron pedazos.

—¡No os pongáis delante de él! —gritó Jean Onyx, empujándole por detrás.

—¡Lo mato! —chilló Isabelita.

—No, no le disparéis; nos servirá para escapar —les contuvo Jean.

—El tiene razón —dijo Hoffman—. Obedezcámosle.

Jean ya había tomado la bomba de mano, dejándola lista para ser arrojada. Sostenía el resorte de liberación de seguro con el dedo, sabía que no podía volver a guardarse y tenía que tirarla hacia alguna parte.

—Vamos, adelante; hay que tomar la avioneta; en ella podremos huir.

Salieron por uno de los espaciosos corredores. Al final del mismo les aguardaba el comandante Prieto con dos de sus guardias, armados.

—¡Quietos todos! —ordenó.

—Si disparara, muere el Venusino —replicó Jean Onyx.

Estaban al fondo del pasillo, casi en la salida. Juan Vio entonces la mayor oportunidad de su vida...

Lo que podía hacer en aquel instante no podría repetirlo jamás. Aquél podía ser el fin de una tiranía y el nacimiento de una libertad democrática.

La bomba que sostenía en su mano fue lanzada por encima del Venusino.

El comandante Prieto se arrojó al suelo, disparando, pero ya era tarde. La bomba de mano golpeó contra el pavimento y estalló, cogiendo de lleno al comandante y a los dos guardias que le acompañaban.

La mano del Venusino, trémula, pulsó un botón y maniobró con rapidez y ligereza.

La silla de ruedas, accionada por un motor eléctrico, escapó de las manos de Jean Onyx que aún notaba en su boca el sabor acre producido por la explosión de la bomba de mano.

—¡Juan, Juan! —sollozó Isabelita—. ¡Has liquidado al tirano!

—¡Al fin!

—¡El Venusino escapa! —gritó Hoffman.

La silla de ruedas salió al jardín utilizando la rampa y fue de un lado a otro como si la condujera un borracho. Tropezó contra un árbol de aguacates y quedó quieta.

Jean Onyx corría tras ella. Cuando llegó a la altura del Venusino, lo vio ladeado, inmóvil. Trató de zarandearlo, pero no tardó en descubrir tres balazos en su cuerpo, disparados por el propio comandante Prieto en el momento de su muerte.

—¡Al jeep! —gritó Jean.

En el jeep rodaron colina abajo hacia el hangar.

Varios guardias salieron a recibirles; no había tiempo para explicarles que el comandante Prieto había muerto ya y se intercambiaron disparos. La sorpresa les dio la ventaja y consiguieron llegar hasta la avioneta.

—¡Vamos, tiene el motor caliente, podemos despegar!

—¿Sabe usted pilotarla? —preguntó Hoffman a Jean Onyx.

—Sí, soy piloto deportivo. ¡Arriba!

Subieron a la avioneta mientras se creaba un terrible desconcierto en la colina.

No habían sospechado que pudieran sufrir un ataque tan fulminante en el cerebro y corazón de aquellos macrocultivos de la droga.

Más policías y perros llegaban a la zona, pero ya era tarde. La «Piper» bimotor se alejaba por la pista y despegaba alzándose en el aire mientras las balas la perseguían.

EPÍLOGO

Se hallaban en la salita. Por la televisión, a todo color, podían ver la asamblea de las Naciones Unidas. Había interés por la nueva delegación en las Naciones Unidas de la república de Santa Andina.

—¡Mira, es Juan! —exclamó Liz, señalando la pantalla.

—Sí, es Juan —asintió Jean Onyx, cogiendo la mano de la muchacha.

—Es un momento emocionante.

Hubo un aplauso cerrado por parte de los miembros de la asamblea de la ONU.

—Consiguieron liquidar al comandante Prieto y el presidente, asustado, optó por marcharse. El pueblo se levantó y el ejército se puso al lado de la Constitución vilmente atropellada por Prieto. Han habido elecciones y todo funciona bien, confiemos que no se les termine.

—¿Y los campos de droga? —preguntó Liz.

—Arrasados por la aviación militar del ejército del aire de Santa Andina. No podían mantener una cosa semejante en su país y tratar de parecer honestos; la embajada estadounidense se encargó de ajustar las cuentas al agregado diplomático que servía de enlace entre Prieto y la Mafia americana.

—Todo gracias a ti, Jean.

—Gracias a mí, no, Liz —la corrigió—, gracias a tu padre que, con la espalda cortada a tiras por un látigo y con la amenaza de quedarse sin familia, denunció lo que sabía a las Naciones Unidas. Este tipo de problemas rebasan las fronteras de una sola nación y deben ser controlados de forma internacional; pero ¿por qué no nos preocupamos ahora un poco de nosotros mismos? —dijo, cerrando la televisión y mirando a los ojos de la joven y bella Liz.

—Un momento...

—¿Qué pasa ahora?

—¿Y aquella mujer?

—¿Qué mujer?

—La que quedó en la plantación, Antonia Fuentebuena creo que se llamaba.

—Ah, sí, una codiciosa e insatisfecha viuda... Creo que la han condenado a perpetuidad. Se habrá dado cuenta al fin de que el crimen no es rentable.

—Pero ¿tú la amaste?

—Qué tontería, Liz. Yo sólo te amo a ti y, si haces otra pregunta, no te doy un beso.

—Pues...

Acercó sus labios a los femeninos y se besaron mientras el mundo seguía rodando y los problemas se renovaban, como la ambición y la codicia humanas.

FIN



RAFAEL BARBERÁN DOMÍNGUEZ (Barcelona, 1939), más conocido por el pseudónimo de Ralph Barby es un escritor español de novelas populares, también conocidas como bolsilibros o «libros de a duro» en referencia a su bajo precio.

Estrechamente vinculado a la Editorial Bruguera, Rafael Barberán forma parte de los escritores de la Literatura popular española, junto con otros autores como Corín Tellado, Marcial Lafuente Estefanía, Frank Caudet o Silver Kane.

Bajo el pseudónimo de Ralph Barby estaba también su esposa, Àngels Gimeno, con la que compartía la tarea de escribir.

La lista total de los libros publicados por Barby cuenta con más de un millar de títulos y más de quince millones de ejemplares vendidos solo en español, a los que habría que sumar otros tres millones en portugués.

Empezó publicando novelas bélicas y del oeste en las colecciones de las editoriales Ferma y Toray, aunque su éxito llegó poco después con las novelas de ciencia ficción y horror que publicó en las colecciones de la editorial Bruguera, con la que firmó un contrato de exclusividad que duró más de dos décadas.

Con el cierre de Bruguera, a mediados de los años ochenta, Rafael Barberán y su mujer crearon su propia editorial, Ediciones Olympic. Con ella publicaron numerosas novelas del oeste y de terror.

Una de sus novelas del oeste, *Cinco mil dólares de recompensa*, fue llevada al cine en 1974 por el director mexicano Arturo Ripstein.

Personajes estereotipados y relaciones tópicas son las características principales de sus historias, narradas casi siempre con gran desenfado, muy típico de la época en la que fueron escritas.

Notas

[1] País imaginario al norte de Sudamérica o al sur de Centroamérica. (N. del A.). < <